

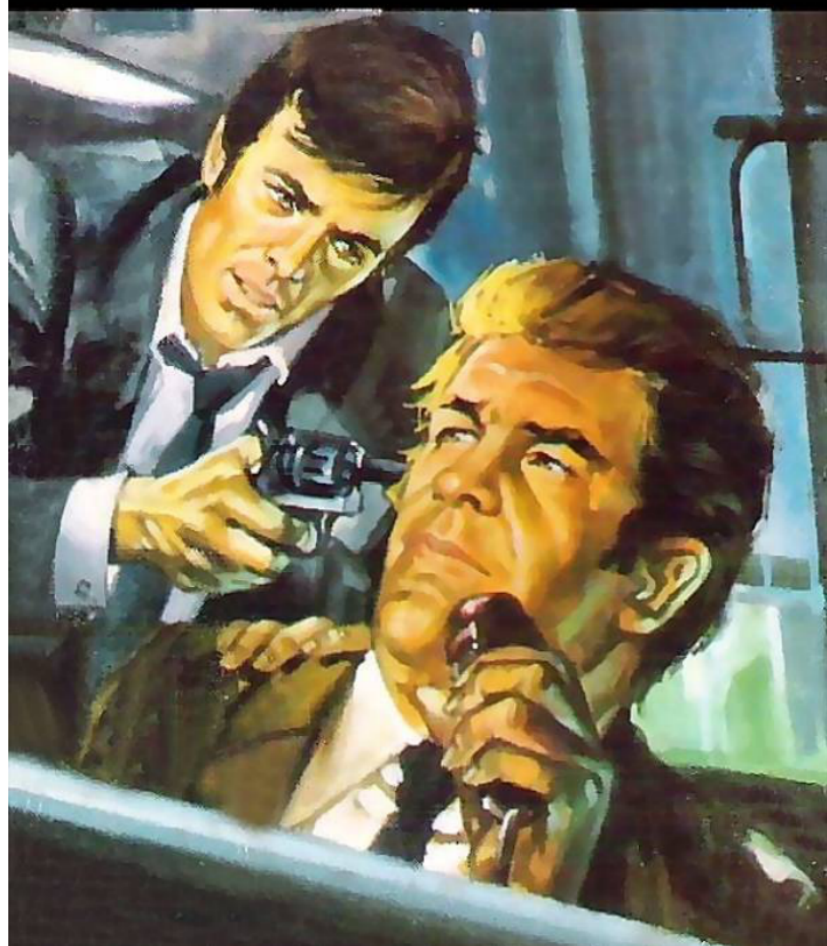
BOLSLEROS DRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

CONTRATO PARA UN ASESINO

Curtis Garland



SS

**SERVICIO
SECRETO**



CURTIS GARLAND

CONTRATO PARA UN ASESINO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.481

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 34.518 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: diciembre, 1978

© Curtis Garland - 1978

Texto

© Miguel García - 1978

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1978

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.468. -El carnicero de Montmartre.

En Colección PUNTO ROJO:

854. -La larga y oscura noche.

En Colección LA HUELLA:

134. -Pasaje sin salida.

CAPÍTULO PRIMERO

Sonó el timbre del teléfono.

Fue como si súbitamente se desgarrase el silencio apacible con un trallazo de violencia inesperada. Y, sin embargo, sólo era eso: el timbrazo del teléfono, al fondo del gabinete.

Lester McCoy alzó la cabeza del plato, sobresaltado. Miró a su mujer con fijeza. Ella también le miraba.

—¿Esperas alguna llamada este fin de semana? —quiso saber él.

—No, ninguna —negó ella vivamente—. Absolutamente ninguna. ¿Y tú?

—Tampoco. Este teléfono no lo tiene nadie. No puede ser para mí.

—Eso se aclara enseguida —sonrió ella, limpiándose los labios con la servilleta—. Atenderé la llamada.

El teléfono seguía insistiendo. El pequeño Dave también levantó la cabeza del plato. Los ojos del niño contemplaron, interrogativos, a sus padres.

—Está sonando el teléfono —dijo ingenuamente. Y siguió comiendo.

Stella McCoy se incorporó con un suspiro. Miró a su marido con cierto aire de duda, al tiempo que echaba a andar hacia el receptor telefónico, de vivo color rojo, situado entre volúmenes de fina encuadernación y figuritas de porcelana.

—¿Seguro que no diste el teléfono en tu empresa?

—Claro —afirmó él con sequedad, frunciendo el ceño—. Quería que este largo fin de semana fuese tranquilo para ambos. Son casi cuatro días juntos, lejos del trabajo, de los pedidos y del maletín, lejos de viajes y de clientes irritantes y estúpidos, Stella querida. No le dije a nadie donde pasaríamos estas fechas.

Ella no comentó nada. Alzó el teléfono, preguntó:

—¿Dígame? —Una pausa. Su marido la miraba; la cuchara de

Dave se movía en el plato, recogiendo puré de patata y trozos de carne en salsa. Luego, la voz de ella se hizo más fría—. Sí, un momento. Espere.

Dejó el auricular sobre el mueble. Se volvió a Lester. Le miró con disgusto.

—Es para ti —dijo secamente—. De tu amigo Morgan Canary. ¿Eso te dice algo?

Lester McCoy dejó caer el tenedor junto al plato. Apretó los labios. Sus ojos tuvieron un brillo de irritación. Limpió sus labios y se puso en pie, con cierta violencia.

—Canary... —masculló—. Lo había olvidado por completo.

Y echó a andar hacia el teléfono.

—¿Qué habías olvidado? —preguntó su mujer con sarcasmo—. ¿Qué diste el teléfono a alguien, después de todo?

—Es diferente. Canary trabaja en la empresa. Pero no es de Personal ni está en las oficinas. No sé qué diablos puede querer de mí a estas horas.

—¿Por qué le diste el teléfono? Creí que no querías ser molestado.

—Me lo pidió por si ocurría algo imprevisto. Él... él lleva los pedidos importantes. Al por mayor. Si me encargase algo, podría significar mucho beneficio.

—¿A cambio de estos días de reposo y de paz? —musitó ella amargamente.

—Espera, querida. Aún no sabemos nada seguro —manifestó Lester McCoy, tomando el teléfono. Su voz se hizo profesional, serena y eficiente—. Soy Lester. ¿Qué hay de nuevo, Canary? Creo que recordarás lo que te dije. No quiero que me molesten estos días. Se los prometí íntegros a mi mujer e hijo...

—Lo sé, Lester —sonó la voz de Canary al otro extremo del hilo—. Pero esto es importante. *Muy* importante. Puede significar mucho para ti. Incluso el retiro.

—¿El... qué? —masculló McCoy, incrédulo, sin entender bien.

—El retiro; Imagínate. Vivir tranquilo desde hoy. Sin trabajar. A los treinta años, en tu casa. Lejos de todo esto. Donde nadie sepa tu paradero. Con tu mujer e hijo. No para un fin de semana. Ni para unas vacaciones. Para siempre, Lester.

—Eso sería demasiado bonito para ser cierto.

—De ti depende. ¿Qué tal un trabajo de cincuenta mil por cada tarea? Serán cuatro trabajitos en un solo contrato. Doscientos mil en efectivo. Ni uno menos.

—Doscientos... —Se quedó a media frase. Miró a su mujer, al pequeño Dave. Ambos seguían cenando. El niño, ajeno a todo. Su mujer, con gesto ensombrecido—. Dios mío... No es posible una cosa así. Es... es demasiado. Nunca... nunca obtuve más de dos o tres mil... salvo aquel asunto de los cinco mil... y de eso hace ya tres años...

—Esto es diferente. Lester, tienes que reunirte conmigo.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Resuelve rápido, o tendré que recurrir a otro. Yo preferiría que fueses tú. Y «ellos...» también. Saben de tu eficiencia profesional, Lester. Los doscientos mil son cosa fácil, te lo aseguro. Sin problemas serios.

—Nadie paga tanto por una tarea sencilla, Canary.

—Pues esta vez, es así. ¿Vienes o no? Puedo esperarte en el Sex Club. Nadie nos molestará allí. Llevaré a dos zorras llamativas, para que así nadie se fije en nosotros, y piensen que hemos tomado el reservado para otras tareas. ¿De acuerdo? No más tarde de las diez, Lester... o tendré que llamar a otro. Y no me gustaría hacerlo. Es mucho lo que puedes ganar. Yo llevaré mi parte, como de costumbre. Pero no es nada al lado de tus beneficios. Piénsalo. Luego, puedes decir adiós a todo esto...

—Sí, entiendo... —Notaba la transpiración humedeciendo sus manos sobre el teléfono, su rostro, sus cabellos. Se frotó el mentón, nervioso. Y eso, en él, no era habitual. Ella, su mujer, le estaba mirando ahora, entre sorprendida y disgustada—. Si tuviera seguridad de que eso es posible... Cincuenta por cada uno... ¿Y son...?

—Cuatro. Después de cada trabajo, recibirás los cincuenta correspondientes... Sin pérdida de tiempo. Y tienes que hacerlo rápido. Todo en este fin de semana. ¿Qué decides? El martes tendrás doscientos mil en el bolsillo. Y la vida resuelta.

—Está bien —resonó—. A las nueve y media o diez, estoy allí. No hagas nada. Yo me ocupo del asunto.

—Excelente —rió la voz de Canary—. Gracias, Lester. Sabía que no me fallarías. Ya puedo estar tranquilo ahora. Y «ellos» también.

Les notificaré que aceptas. Eso va a gustarles, seguro.

—Lo que tal vez no les guste es que deje todo esto después.

—Se tendrán que conformar. Ellos entenderán. No exigen más allá de lo que un hombre pueda dar, cuando se les ha sabido servir con eficiencia. Lo importante ahora, es que les respondas en este trabajo. Les urge. Y quieren plena confianza en la persona que ha de ejecutar la tarea. Tú eres esa clase de persona.

—Sí, entiendo. Hasta luego, Canary.

Colgó, resoplando. Regresó a la mesa lentamente. Se enfrentó con la mirada de su mujer, cargada de reproches y de decepciones.

—No tienes que decirme nada —murmuró—. Veo que nos dejas esta noche.

—Stella, esto es diferente...

—Siempre es diferente, Lester. Nunca hemos tenido un día para nosotros...

—Espera —se sentó, tomándola por una mano—. Te dije que es diferente, y no te engañaba. Es el final de mi trabajo.

—Lester, nadie puede terminar su trabajo, por importante que sea una venta.

—Esta vez, es así. Son doscientos mil dólares.

—¡Doscientos mil! —Los ojos de ella, incrédulos, se abrieron con estupor—. No puede ser. Es una fortuna...

—Eso es lo que me han ofrecido: una fortuna. Y sólo en este fin de semana.

—Pero, Lester, nadie vende por una suma así, y menos en días festivos...

—¿Es que no lo entiendes? Se trata de una gran venta en exclusiva. Sólo yo puedo ocuparme del trabajo y ver al cliente. El martes seremos ricos. Y ya no me marcharé nunca. Nunca, Stella, ¿lo entiendes bien? Podremos comprar una casita en un sitio tranquilo y apacible, vivir felizmente los tres... Tendremos jardín. Yo lo cuidaré, Dave jugará en él... Es el sueño de nuestra vida, Stella.

—Doscientos mil dólares... —repitió ella, atónita—. No puedo creerlo. Debe de ser un sueño... o una excusa de tu amigo para sacarte de casa a estas horas...

—No, Stella, Canary no es de esos. Él dice la verdad, seguro. Me haré cargo del trabajo. Veré a esos clientes importantes. Cobraré al

contado mi comisión.

—¿Y si después de dejarnos solos a Dave y a mí estos días... no lograras esa venta? Habríamos perdido estas fechas absolutamente para nada...

—Venderé. Palabra. Soy un buen profesional, tú lo sabes. No somos ricos, pero te he dado siempre lo suficiente para una vida cómoda y sin dificultades... Pero ahora va a ser diferente. El mejor contrato de mi vida. Ése es el que firmaré en estos días. Palabra que lo conseguiré. Ahora, terminad de cenar.

—¿Y tú? Aún es pronto...

—Cuanto antes me reúna con Canary, tanto mejor —se incorporó, yendo a por su chaqueta—. No quisiera que por un retraso cualquiera, perdiese la gran ocasión de mi vida. Hasta luego, amor. Si tardo puedes acostarte. Te llamaré, de todos modos, si tuviera que salir de viaje inmediatamente. Antes de ello, pasaría por aquí a recoger lo imprescindible. Lo comprendes, ¿verdad?

—Claro, cariño —sonrió ella, con un triste suspiro. Le tomó por ambas mejillas, con manos ligeramente estremecidas, y le besó, añadiendo después—: Si las cosas van a ser como tú dices, será mejor que nos sacrifiquemos estos días. Pero ten cuidado, amor. Ten mucho cuidado... No sé por qué... me siento inquieta.

—Tonterías —rió él, devolviéndole el beso y dando luego otro a su hijo—. Todo irá bien, ya lo verás. En mi trabajo soy un experto, tú lo sabes.

Y abandonó el apartamento que alquilaran en las afueras de la ciudad para pasar aquel largo fin de semana que proyectaron iba a ser familiar y tranquilo.

Una vez más, sin embargo, Lester McCoy tenía que ausentarse y dejar sola a su familia. Pero esta vez valía la pena. Iba a ser su último trabajo. Doscientos mil dólares significaban ya suficiente dinero para llevar otra clase de vida.

Así, dos horas más tarde, en un reservado del Sex Club, mientras manoseaban las formas agresivas de dos rubias esplendorosas pero tremendamente aburridas porque sus «hombres» no respondían lo ardientemente que ellas esperaban, Morgan Canary y él cerraban el trato.

Las rubias eran sólo puro camuflaje. Se ausentaron un momento del reservado, sin que aún hubieran llegado a las audacias sexuales

que ellas esperaban, y Canary entregó en las manos de Lester McCoy un sobre cerrado y lacrado.

—Toma —susurró—. Son las instrucciones y nombres concretos. Lo demás es cosa tuya. «Ellos» esperan que no falles. Su cliente, también.

—¿Alguna dificultad especial? —preguntó fríamente él, guardando el sobre.

—Ninguna.

—Entonces, ¿por qué un precio tan elevado?

—El cliente necesita con urgencia terminar esa tarea. Por ello se paga tan bien. Recuerda, Lester: *tienes que matar a esas cuatro personas*. Serán tus últimos trabajos para el Sindicato. Y podrás dejar de ser un asesino profesional, si así lo deseas...

—Sí —asintió gravemente Lester McCoy—. Lo deseo, Canary. De modo que lo haré. Ten por seguro que no fallaré tampoco esta vez. Da por muertos a esos cuatro.

—Lo sé —sonrió su amigo—. Tú nunca fallas.

—Canary no dirá quién es el ejecutor, Rocco. Estoy seguro de eso.

—Hay que averiguarlo, quiera o no —manifestó fríamente Rocco Gazzara.

—Pero ¿por qué motivo? Hasta ahora, él siempre nos ha sido eficaz. Ha cumplido todos los encargos. Su única condición fue que no nos mezcláramos en su vida privada, que ignorásemos su nombre y domicilio, su identidad real. Para nosotros, él ha sido siempre tan sólo un hombre clave: el Ejecutivo. Y las cosas han ido bien así para el Sindicato, ¿no es cierto?

—Escucha, Martin —se impacientó Gazzara—. Yo me limito a cumplir órdenes superiores. Ser el jefe de la rama ejecutiva del Sindicato, no significa ser el amo de todo. Hay gente por encima de mí. Gente muy importante que ha empezado a preocuparse por nuestro Ejecutivo.

—¿Hay motivo de preocupación? —dudó Ricky Martin.

—Lo hay. Es demasiado bueno. Es virtualmente perfecto. Jamás falla un encargo. Todo contrato aceptado por él, es definitivo. Nunca se le escapó nadie, ya fuese un millonario, un policía o un político.

—Eso es simple eficacia, Rocco.

—Claro. Y al Sindicato, a todos nosotros, la eficacia del Ejecutivo nos ha ido muy bien. Pero los altos jefes se sienten incómodos. Y más, ahora. Ese encargo es muy importante. Sólo él va a obtener cincuenta mil dólares por cada uno de los cuatro asesinatos que ha de cometer y que, sin duda alguna, cometerá con precisión matemática.

—Eso debería ser un motivo de satisfacción, en vez de una razón para inquietarse, ¿no crees?

—Lo que yo crea, Martin, importa poco. Los jefes quieren que ese encargo se cumpla. Para nosotros supone mucho dinero también. Es un trabajo muy esencial. Y el Ejecutivo es la persona indicada para ello. Pero apenas termine su tarea, hemos de ocuparnos de él. Y eliminarlo.

—¡Eliminarlo! —Pestañeó vivamente Martin, contemplando con estupor a su amigo—. Pero ¿por qué deshacerse de un hombre tan eficiente, Rocco?

—Son las órdenes. Éste será su último trabajo. Cobrará lo que se le ha estipulado, porque nosotros siempre cumplimos nuestros contratos. El dinero será para su familia, porque es seguro que debe tener familia y ser en su vida privada un caballero respetable y digno. Pero el Ejecutivo será borrado de nuestra lista de colaboradores. Y también del mundo de los vivos.

—¿Sólo porque es demasiado eficaz matando?

—Quizá. Cuando se vea con todo ese dinero, su reacción lógica sólo puede ser una: retirarse de su profesión. Dejar de matar por contrato, en suma. Eso es peligroso.

—¿En qué sentido?

—En todos. Nosotros apenas si sabemos nada de él. Pero él sabe que ha estado trabajando para el Sindicato. Un día puede hablar de más. O beber demasiado. E incluso cabe que dilapide su dinero y busque el modo de obtener más, volviendo a su antigua actividad. Podría contratarse con alguna sociedad rival y crearnos problemas. En suma, nos estorba en cuanto deje de trabajar para nosotros. Está decidido en las altas esferas, Martin.

—¿No hubiera sido mejor pagarle menos y así obligarle a seguir trabajando?

—No. El «cliente» ha sido rotundo en eso: quiere lo mejor. Y al mejor profesional. No quiere fallos ni errores. No desea medianías.

Paga mucho al Sindicato. Y mucho al ejecutor. Ha insistido en este punto.

—Creo que a pesar de todo, es un error —suspiró Martin, sacudiendo la cabeza con escepticismo.

—Tal vez. Pero mi misión es obedecer órdenes. Morgan Canary es nuestro intermediario. Él sabe quién es el Ejecutivo. Tiene que darnos el informe.

—Eso va contra su ética. Todos nos guiamos por un código, tú lo sabes. No querrá ser un confidente para el Sindicato.

—Intentaremos que lo sea. Si no, le haremos que se relacione por algún motivo con su hombre, y localizaremos a éste. Si eso fallara también... tendríamos que hacer un interrogatorio «especial» a nuestro amigo Canary —rió sordamente Rocco Gazzara.

—Ya ven que, de un modo u otro, el Ejecutivo es hombre muerto...

—Sí —suspiró Gazzara—. Lo es. Pero no antes de que cumpla su último contrato y cobre lo estipulado...

CAPÍTULO II

Richard Bellamy miró atrás, preocupado.

Habitualmente, no mostraba un rostro tan ensombrecido. Era proverbial su sonrisa cínica, su desenvoltura y su total indiferencia ante todo.

De haberle visto en estos momentos sus amigos y personas que le conocían bien, es evidente que hubieran mostrado sorpresa ante la mirada hosca e inquieta del rubio joven, y lo tenso de su rostro, vuelto de nuevo hacia un punto que le preocupaba, evidentemente.

Pegado al muro, respiró con fuerza, apretando los labios en un gesto de incertidumbre. Sus pupilas grises, muy claras y frías, recorrieron la desierta zona de los embarcaderos deportivos, situada a sus espaldas.

No descubrió presencia humana alguna, pero no por ello se mostró más calmado o con mayor confianza. La mirada parecía tratar de descubrir algo más en el bosque de palos y velas recogidas de los balandros, así como los mástiles de yates y embarcaciones deportivas y de recreo, alineadas en sus correspondientes embarcaderos, meciéndose sobre el suave azul de las aguas.

Aparentemente, todo estaba normal y no existía peligro alguno que pudiera amenazar al joven Bellamy. Pero él, desde luego, no demostraba ser de esa opinión.

Y pronto se vio que tenía razón. Su espera tensa, vigilante, resultó al fin premiada con un resultado claro, aunque no satisfactorio para él.

Tras una de las embarcaciones, un bello yate de blanco casco, provisto de una potente antena de radar y radiotelegrafía, emergieron dos hombres.

Vestían de paisano, trajes de tono claro, sin abotonar. Un sospechoso bulto bajo la axila izquierda, revelaba la presencia de algún arma al alcance de sus dedos.

Iban caminando con cautela, mirando en todas direcciones, como buscando a alguien. La expresión de sus rostros era dura, ceñuda.

—Esos malditos... —jadeó entre dientes Richard Bellamy—. Ya sabía que no era tarea fácil engañarles. Me gustaría saber dónde diablos puedo meterme ahora.

Lo que no podía hacer, ciertamente, era quedarse allí. Los dos individuos no tardarían en llegar a su altura, y sería inevitable que le descubriesen. Irritado, se movió, para intentar alejarse de allí.

Apenas había dado unos pasos por el embarcadero principal del club náutico, cuando ellos le descubrieron.

Uno hizo un vivo ademán, señalándoselo al otro. Inmediatamente, con una sorda imprecación, se lanzaron a la carrera en pos de él. Bellamy, sin vacilar ya, se precipitó igualmente a toda velocidad, en un desesperado intento de fuga.

—¡Alto, Zorro! —Sonó a sus espaldas un grito ronco—. ¡No intentes huir o dispararemos! ¡Estás cogido, no tienes ya salida posible y lo sabes!

—¡Iros al diablo todos! —farfulló Bellamy por toda respuesta, acelerando más aún su carrera, agazapado tras los cascos de las ligeras embarcaciones allí amarradas.

Inmediatamente, los perseguidores llevaron la mano a su axila. Extrajeron las armas. Eran pistolas reglamentarias, con las que hicieron dos disparos al aire, que restallaron agriamente en los embarcaderos.

—Vaya, recurren a la artillería, incluso —musitó entre dientes Bellamy, sin dejar de correr—. Se ve que soy importante para ellos, vivo, o muerto.

—¡Si insistes en huir, la próxima vez tiraremos a matar, Zorro! —avisó uno de sus perseguidores roncamente—. ¡Ya estás advertido! ¡No seas necio, y no empeores más las cosas! ¡Estás acorralado!

—Acorralado, es posible —fue su comentario, hablando consigo mismo—. Pero cazado, todavía no...

Su carrera le llevó a la zona de las instalaciones del club náutico. Se metió entre dos edificios encristalados. Una bala de sus perseguidores pulverizó uno de los vidrios violentamente, no lejos de él. Los hombres armados cumplían su palabra. Estaban

disparando contra él. Sin hacerlo al aire. Querían herirle, alcanzarle con sus proyectiles, era evidente.

Oyó gritos y carreras dentro de uno de los recintos de la zona deportiva náutica, y una voz potente gritó, allá a sus espaldas:

—¡No tienen nada que temer! ¡Apártense! Somos agentes federales y vamos tras de un delincuente...

Esta vez, sí llegó a sonreír el hombre llamado Zorro por sus perseguidores. Éstos le habían calificado de «delincuente». Con la ley en la mano, quizá tuvieran razón. Pero él no se consideraba como tal. Después de todo, vivir como él vivía, era una aventura y nada más. No cometía daño alguno contra nadie. Sencillamente, se trataba de arriesgar su propia vida. De luchar a su modo por obtener dinero y por sobrevivir.

Sabía de muchos que eran más delincuentes que él. La diferencia es que ellos eran gente importante: financieros, industriales, grandes magnates, e incluso personas con un poder político. Ellos podían manejar impunemente las divisas y hacer contrabando internacional, sin dejar por ello de ser respetables e incluso llegar a recibir condecoraciones, entrar en el Congreso o el Senado, y ofrecer ante el mundo una imagen de la respetabilidad americana.

Él mismo había conocido varios casos así. Cuando un importante político y financiero cometió un gravísimo delito fiscal y salió bien librado de él gracias a sus influencias y buenas relaciones, resolvió que había elegido su propio camino. Haría lo mismo que aquel rufián respetable. Sólo que él era simplemente Richard Bellamy, ciudadano americano sin poderío ni relieve, y la cosa iba a resultar mucho más difícil. Ciertamente el importante ciudadano había traficado con millones de dólares, y él lo haría tan sólo con unos pocos miles. Pero en esa diferencia estaba, quizá, lo peor de la cuestión. A las autoridades les es fácil siempre hacer que pague el menos importante, para así cubrirse de posibles censuras, y justificar mejor su tolerancia o su complicidad en estafas y delitos más graves y trascendentales. Después de todo, ni siquiera en el gran país de la democracia se podía tratar igual a un tal Richard Bellamy que a un senador y un diputado o un financiero de alta categoría.

Moralmente, Bellamy no se sentía en absoluto delincuente. Porque de serlo él, ¿qué se hubiera podido decir de los caballeros de

impecable *smoking* que eran recibidos con grandes ceremonias en la propia Casa Blanca o recibían las llaves de la ciudad en un homenaje transmitido por televisión?

Sin embargo, él era el perseguido por los federales. Sólo porque tenía una embarcación de recreo y un tráfico de piedras preciosas o de moneda para vivir de ese saneado negocio que otros peces más grandes le habían enseñado desde su inmunidad.

Los federales, sin duda, se apuntarían un buen tanto si lograban dar caza al buscado Zorro, por el grave delito de contrabando de moneda y piedras preciosas. Eso ayudaría bastante a mantener las cosas tal como estaban, para satisfacción de los que traficaban en millones, y para mayor loa y honor del mítico FBI.

—Cerdos... —Silabeó entre dientes Richard Bellamy, mirando un momento atrás, cuando ya llegaba al *parking* del club náutico, perseguido implacablemente por los g-men, como la leyenda había bautizado a los muchachos del FBI. Lástima que sus dos perseguidores no hubiesen podido hacer buen papel en un mediocre programa de televisión emitido a mayor alabanza y gloria del FBI. Porque uno era gordo y tripudo, y el otro calvo y con gafas. No, los federales no siempre eran como los presentaban en el cine y la televisión. La vida no era una película, aunque a veces sí pareciese una ridícula farsa.

Otras dos balas pasaron silbando cerca de él, mientras su vertiginosa carrera en zigzag le conducía directamente a un automóvil color marrón metalizado, al que subió de un salto. Siempre dejaba un juego de llaves puesto, para casos de emergencia como aquél. Le bastó girar la del entendido, para partir vertiginosamente, pisando a fondo el acelerador en cuanto el motor estuvo en marcha.

Describiendo una serie de acrobáticas vueltas y giros, salió de la zona de aparcamiento, lanzándose carretera adelante como una centella. No tardó mucho en escuchar tras de sí el aullido de una sirena, en el automóvil perseguidor que ocupaban los federales.

—Esos malditos sabuesos... —farfulló con expresión ceñuda—. Tendré que utilizar uno de mis trucos...

Sin dejar de conducir a vertiginosa velocidad, autopista adelante, se limitó a sujetar el volante con una sola mano. De sus ropas extrajo una peluca de cabellos negros, muy lisos. La ajustó a

su cabeza, con facilidad, cubriendo sus rubios cabellos naturales con asombrosa precisión. Nadie, viéndole ahora, hubiera dicho que aquel cabello no era el suyo, tan perfecta y ajustada era la peluca.

Inmediatamente después, unas lentillas igualmente oscuras, cubrieron sus grises pupilas. Unos tacos de goma especiales, hincharon sus mejillas, y otros ensancharon su nariz. Unas gafas de vidrios amarillos con montura de carey, cabalgaron sobre su achatada nariz.

El disfraz no estaba concluido. Un perfecto bigote negro silueteó su labio superior. El retrovisor mostró el rostro de un hombre que en nada recordaba al Richard Bellamy que huyera minutos antes del club náutico. Pero aún seguía teniendo cosas del personaje inicial. Cosas que le delatarían sin duda alguna ante los federales: sus ropas y su coche.

Pero también para eso tenía remedio el zorro astuto que era Bellamy, cuyos recursos le habían merecido ese apodo por el que le conocían los agentes de la policía federal.

Condujo diestramente el coche marrón metalizado, hasta las proximidades de un motel. Miró atrás, al doblar la curva. Sonrió. Momentáneamente, el coche federal, menos rápido que el suyo, quedaba fuera de la vista. Había llegado al lugar oportuno, uno de tantos como tenía previstos en los alrededores de la ciudad, para eludir cualquier posible persecución como la que ahora sufría.

Rápido, viró hacia su derecha. A poca distancia del motel, se introdujo entre los setos y árboles que casi ocultaban un angosto sendero lateral. Frenó ya en él, para no levantar polvo, y cerró el motor, esperando tenso.

Cosa de medio minuto más tarde, pasó sibilante el coche federal, cuyos frenos oyó rechinar a cosa de cincuenta yardas de distancia, justo ante el motel. Sonrió.

Los chicos del FBI, el gordinflón y el calvo, habían imaginado que buscaba refugio en el motel. Eso le daría el tiempo preciso.

Salió fuera del coche marrón. Se alejó por el bosque, hasta detenerse ante un automóvil azul oscuro, que cubría la espesura. Abrió la portezuela con otro juego de llaves. De un compartimento extrajo camisa, chaqueta y pantalón diferentes, de color oscuro, nada deportivo, y una ridícula corbata de pajarita. Cuando se hubo cambiado de ropas, ni su propia madre hubiera reconocido en aquel

tipo carilleno, moreno y miope, vestido a la antigua y con aire de imbécil, al sagaz y deportivo Richard Zorro Bellamy, con su rubia y juvenil arrogancia.

Abandonando el coche marrón definitivamente se metió en el azul y lo manipuló diestramente, maniobrando hasta salir a la carretera de nuevo. Pasó frente al motel. Miró, sonriendo de modo disimulado, al ver a los federales, revólver en mano, gesticulando ante el encargado del *parking*, y buscando desesperadamente un coche marrón metalizado.

Se cruzó con dos patrulleros que acudían al mismo punto, haciendo sonar sus sirenas, sin duda requeridos por los del FBI, y nadie le molestó. Siguió adelante con el nuevo automóvil azul, en dirección a Sepúlveda Boulevard, dejando atrás Palos Verdes Orive West, que le condujera desde el club náutico de Marineland, al sur de Los Ángeles, hasta aquel punto cercano a Hawthorne, donde tenía dispuesto uno de sus habituales trucos.

Ahora, Richard Bellamy podía entrar en Los Ángeles y perderse en su populoso laberinto sin que policía alguno sospechara de su identidad. Si alguna patrulla detenía su coche, en un control de carretera, tampoco era fácil que descubriese nada. Bellamy tenía documentación falsa para salvar ese posible obstáculo sin dificultades.

Pero el hecho no se produjo. El disfrazado Bellamy alcanzó sin dificultades Inglewood, doblando hacia Manchester Avenue en dirección opuesta a Playa del Rey.

Pero Richard Bellamy no había contado con la existencia de un hombre dispuesto a darle caza a toda costa, un especialista de la Oficina Federal de Investigación, llamado Barí Nichols, cuya misión exclusiva era terminar con la carrera de Richard Zorro Bellamy. Tal vez porque factores políticos presionaban sobre el FBI y sobre el propio Nichols, ya que las hazañas de Bellamy ponían en dificultades a contrabandistas y traficantes ilegales de mucha mayor importancia y superior condición económica y social.

El FBI se lo había dicho escuetamente a Bart Nichols, inspector especializado en Contrabando y Defraudación:

—¡Cace al Zorro Bellamy! Eso significará para usted un ascenso vertiginoso, inspector Nichols...

Y Bart Nichols, ambicioso y obstinado, duro y tenaz como un

perro de presa, se juró a sí mismo que cazaría a Bellamy, fuese cual fuese su astucia y su capacidad de maniobra.

Sólo que ahí jugó el destino una extraña baza a favor de Richard Bellamy, justamente cuando Bart Nichols, sin que Bellamy lo sospechara ni remotamente, iba a caer sobre su presa en el momento en que ésta parecía haberse librado definitivamente de sus adversarios.

Porque si Bellamy tenía sus propios trucos para librarse de sus perseguidores, también el inspector Nichols tenía los suyos...

—Es ese coche azul, podría jurarlo —afirmó Nichols enfáticamente—. Vamos tras él, pronto.

—¿Está seguro, inspector? —dudó el conductor del automóvil junto al cual acababa de pasar, con marcha moderada el vehículo color cobalto.

—Sí —dijo el federal con sequedad—. Estoy seguro. Haga lo que le digo.

—Sí, señor —asintió el agente federal, arrancando en pos del vehículo señalado por su pasajero. Le miró a través del retrovisor, antes de indagar—: ¿Cómo puede estar tan convencido de ello?

—Lo estoy, y eso basta, por el momento.

—¿Y si cometiéramos un error?

—Sería el primero en lamentarlo. Me hago responsable de todo. Siga adelante, por favor. No lo pierda de vista.

—Me temo que va a ser difícil —avisó el conductor—. Está acelerando. Es un tipo listo. Creo que ya se ha dado cuenta de que le seguimos.

—Eso confirma mis sospechas —encajó Nichols sus mandíbulas con dureza—. ¡Vamos, acelere, no se despegue de él! Si intenta burlarnos, le abordaremos sin más rodeos, ¿entendido?

Y palpó su bulto bajo la chaqueta, en la axila izquierda. Personalmente, al inspector Nichols no le gustaba usar armas de fuego por cualquier azar, como les ocurría a muchos de sus colegas federales, y que les había llegado a dar una cierta fama de pistoleros legales. Pero si era preciso, estaba dispuesto a utilizarla contra el escurridizo Bellamy.

Cualquier cosa antes que fracasar. Ésa era su norma y su credo en toda actividad profesional. Y hasta ahora, le había dado buenos resultados.

—Mire, inspector —señaló vivamente el conductor—. Se desvía ahora hacia Grenshaw Boulevard. Allí se nos podría perder fácilmente si alcanza las colinas de Baldwin.

—Lo sé —masculló roncamente Nichols. Súbitamente se inclinó hacia su compañero—. ¡Intercéptelo en los próximos cruces, pronto! ¡No pierda momento! Si se nos escurre ahora, posiblemente perdamos su pista...

El chófer no se hizo de rogar. Sabía lo que era una orden tajante del inspector Nichols. La obedeció. Pisó a fondo el acelerador y, al mismo tiempo, hizo sonar la sirena oficial, para avisar a los demás conductores y apartarles de su arriesgada maniobra, en evitación de accidentes.

En su propio coche, Bellamy sonrió duramente, inclinando la cabeza para no ser visto por sus perseguidores.

—Lo que me temía —masculló—. Me han cazado. Ese endiablado tipo no sé cómo pudo identificarme, pero lo hizo. Si no llego a las colinas va a ser difícil, muy difícil escapar...

Aceleró también, doblando con un largo maullido de neumáticos a la altura de Florence y Redondo, para buscar un callejeo difícil, donde fuese más sencillo evadirse de sus cazadores.

En ese preciso instante, cuando, ya había salvado dos bloques de edificios y se disponía a doblar de nuevo hacia Prairie Avenue, cuando el otro automóvil entró en escena.

Era un coche color *beige*, que no respetó la señal de preferencia de paso, tal vez por ir distraído, y se cruzó ante el de Bellamy. Éste, asustado, giró con violencia el volante, sin poder impedir que arribos vehículos colisionaran en un choque espectacular, violento, que lanzó a los dos coches, enganchados entre sí, con sus portezuelas abiertas, sobre un edificio, en el que se estrellaron, empezando a arder con violencia el vehículo azul de Bellamy.

Éste salió disparado por la portezuela abierta, yendo a rebotar sobre la carrocería del otro vehículo, que casi se le vino encima, al rodar sobre el asfalto. Por fortuna, quedó junto a la portezuela abierta del mismo, por la que también había sido proyectado violentamente el otro conductor, en medio de un destrozo de vidrios y metal arrugado como si fuese cartulina o simple lata.

Bellamy, semiinconsciente, pero notando que no sufría heridas serias ni sangraba por parte alguna, observó borrosamente que las

llamas del coche azul prendían con fuerza en el otro automovilista, cuyas ropas y cabellos empezaron a arder irremisiblemente. Un fuerte hedor a gasolina y aceite derramados, invadió el aire, mientras la sirena del coche federal se aproximaba para, finalmente, detenerse ante el escenario de la tragedia.

Luchando con su inconsciencia, Bellamy se incorporó, tambaleante, alejándose del lugar donde, en cualquier momento, ambos vehículos podían saltar en pedazos por el aire.

Se quitó su propia chaqueta, para intentar cubrir con ella al hombre que ardía, en un empeño desesperado por salvarle la vida, sin importarle ser capturado por los agentes del FBI que iban en su busca.

Logró arrancar un trozo de la chaqueta del que ardía, y le echó la suya encima, mientras el resto eran simples pavesas, y el humo y el fuego envolvían a víctima y ayudante de modo simultáneo.

También su chaqueta empezó a arder con violencia. Observó que el destrozo en el rostro y cráneo del caído, era ya irremisible. Debía de estar agonizando. Se apartó del cuerpo, ya llameante pese a sus esfuerzos, y arrastró consigo, mecánicamente el trozo chamuscado de chaqueta ajena, como si fuese la suya propia, tras el intento por ahogar las llamas del otro.

Se apartó a la carrera, y para asombro suyo, se tropezó frente a frente con sus perseguidores que, mirándole con ojos dilatados, parecían haber abandonado todo su interés en él.

—El otro hombre, el del coche azul, amigo... —jadeó el inspector Nichols aferrándole un brazo—. ¿Está... vivo aún?

—No sé... —masculló roncamente, meneando la cabeza—. Intenté salvarle, pero... pero el fuego, las heridas... Me temo que esté... muerto... o agonizando. Pobre hombre...

—Sí, pobre hombre... —El policía le miró largamente—. ¿Usted está bien?

—Creo que sí... Algo aturdido, es todo...

—Esta maleta, ¿es suya? —preguntó el otro federal, inclinándose.

Tomó el maletín de cuero negro, que yacía en la acera. Bellamy iba a negar mecánicamente, cuando se fijó en dos iniciales de metal, incrustadas en la valija.

Eran una L, y una M.

No eran sus iniciales, desde luego. Pero tenía que ser, por tanto, del otro. Había caído de la portezuela abierta del coche color *beige*.

—Sí —dijo con rápido reflejo, irguiéndose—. Gracias... Es mía. Si me descuido, arde con todo lo demás...

La recogió de manos del policía, notando que pesaba considerablemente para su volumen, pero no comentó nada. Ya llegaban patrullas policiales en auxilio de los accidentados, y se esperaban a los bomberos y ambulancias, ya en camino.

Tuvieron el tiempo justo de apartarse todos del lugar. La explosión tuvo lugar, y estalló el coche azul, pasando las llamas al *beige*. Horrorizado, Bellamy descubrió las pavesas del cadáver del infeliz automovilista, volando por los aires, irreconocible.

—No se mueva, amigo —le pidió el inspector, volviéndose a él, angustiado—. Es posible que necesite asistencia médica, señor...

Dejó su nombre en el aire. Rápido, Bellamy salió del apuro, señalando el coche *beige* con gesto que parecía desesperado:

—¡Mi coche! ¿No pueden hacer nada por evitarlo...?

—Me temo que no. Está ardiendo. Puede que estalle, o puede que no, pero tendrá que ir pensando en cambiar de coche, lo lamento...

Las llamas, en efecto, envolvían ya virtualmente al coche *beige*. Bellamy, mientras ellos miraban al vehículo llameante, actuó con rapidez. El trozo de chaqueta que llevaba en su mano, pesaba bastante. Tal vez tuviera suerte y...

La tuvo. Allí estaba el billetero del hombre muerto en el accidente. Una rápida ojeada a sus tarjetas de crédito, sus documentos legales y todo lo que pudo ver de pasada, en el momento de distracción de los emocionados federales, le bastó.

Lester McCoy, natural de Nueva Jersey. Ése era el nombre del fallecido.

Ahora, sería el suyo. El maletín coincidía: L. M. eran las iniciales. Se echó el trozo de chaqueta al hombro, y guardó el billetero en su pantalón. Luego, se quedó mirando a las ambulancias que llegaban. El inspector federal se acercó de nuevo a él. Había sido una gran suerte que no llegara a ver su rostro durante la persecución en automóvil. Obviamente, el federal se guió sólo por el coche azul, no por su conductor.

Eso quería decir que su perseguidor había intuido la estratagema

de la carretera. Y más que eso: ya antes debía haber tenido en su poder informes sobre otras evasiones «milagrosas» del Zorro Bellamy. Y en esos informes habría una coincidencia: un coche azul, marca «Ford», tono cobalto, con matrícula de Nevada. Había sido su error. No volvería a confiarse demasiado, ante un enemigo tan astuto y observador.

—Vamos, tiene que ser conducido a un centro clínico, para observación, señor...

—McCoy, Lester McCoy —se apresuró a decir Bellamy serenamente, con una sonrisa—. No creo que lo necesite, señor. Me encuentro perfectamente.

—Aun así, debería hacerlo —insistió Nichols—. Puede sufrir alguna lesión interna. El accidente ha sido muy aparatoso...

—Lo sé, pero me encuentro bien. No sé de quién fue la responsabilidad del choque, aunque estoy dispuesto a afrontar lo que se me exija legalmente...

—De eso, ya hablará usted más tarde con las autoridades de tráfico. Sepa que el hombre con quien chocó, era un peligroso delincuente, y nosotros íbamos tras él —le mostró su credencial—. Soy el inspector Nichols, del FBI. En una fuga así, es fácil la colisión con otro coche, pero ése ya no es asunto nuestro, sino de las autoridades municipales, señor McCoy. Vamos, suba a esa ambulancia... y buena suerte. Espero que, realmente, no sufra daño alguno.

—Está bien, iré allá, si usted lo quiere, pero estoy seguro de que no sufro el menor daño, inspector. Por cierto, ¿quién era ese criminal muerto?

—Un tal Bellamy. Un astuto contrabandista. Tuvo un mal final, después de todo... No era éste y el desenlace que yo hubiera deseado para él, la verdad.

Subió el auténtico Bellamy a una ambulancia. Un enfermero le hizo tenderse en la camilla, y se encaminó a ver si había más gente que atender. Sereno y rápido, el joven se apresuró a despojarse de peluca, lentillas, gomas y bigote, antes de que los médicos pudieran descubrir la superchería, y metió todo en un bolsillo del pantalón, confiando en que el enfermero, en su apresuramiento, ni siquiera se hubiese fijado demasiado en él. La fortuna siguió ayudándole. Fue otro el enfermero que subió esta vez a la ambulancia, para hacerse

cargo de él.

Un momento después, sin desprenderse de la valija del hombre muerto, cuya identidad suplantaba ahora, Richard Bellamy emprendía la marcha, dentro del vehículo sanitario, rumbo a un centro clínico de urgencia.

CAPÍTULO III

No resultó demasiado difícil escapar.

Era un centro hospitalario muy grande y, por tanto, muy concurrido. De lugares así, resulta más sencillo evadirse que de un hospital de reducidas dimensiones. Después de todo, nadie esperaba que un paciente huyese. Ni nadie había encargado que le vigilaran de modo especial, ya que era sólo un accidentado, y no se sospechaba de él lo más mínimo.

Le bastó pasar el primer examen superficial y, antes de que fuese enviado a rayos X y demás exámenes minuciosos, recogió su valija y, con toda naturalidad, se encaminó a la salida, mezclado entre visitantes, médicos y otras personas que iban y venían.

Salió del hospital sin que nadie le detuviese ni se preocupara de él lo más mínimo. Una enfermera situada en recepción, se limitó a mirarle un momento, y él la sonrió, indiferente, preguntado si podía esperar en la cafetería del hospital hasta que pudiera ver a su hermano, internado de urgencia en el establecimiento. La enfermera, ocupada entre la centralita telefónica y otras peticiones, se limitó a asentir, señalándole el camino de la cafetería.

Richard Bellamy se fue en esa dirección, entró en la cafetería, la cruzó tranquilamente, y salió al exterior. Un momento más tarde, un taxi le alejaba del lugar, sin que nadie hubiera intentado detenerle. Tardarían algún tiempo en advertir la ausencia de un paciente y avisar a la policía informándoles de ello.

Para entonces, Bellamy estaría lo bastante lejos del hospital para no temer nada de nadie. Sonrió maliciosamente, retrepándose en el asiento del coche y contemplando con aire pensativo el negro maletín del hombre llamado Lester McCoy, cuya documentación llevaba consigo, así como aquel equipaje todavía intacto. Había dado al taxista una dirección al azar, cerca de un pequeño hotel de Prospect Avenue, donde a veces se había alojado con el nombre de

John F. Smith, sin que nadie pareciera preocuparse demasiado por la ostensible falsedad del mismo.

Dejó el taxi en ese punto, y le bastó caminar tres bloques de casas para llegar al establecimiento hotelero. Un luminoso anunciaba el alquiler económico de habitaciones, sobre la fachada mugrienta y descuidada. En alguna parte, un receptor de televisión, con demasiado volumen, emitía los gritos de una retransmisión deportiva.

El somnoliento conserje le reconoció, sin duda de otras ocasiones, pero no reveló el menor interés en su persona. Cuando hubo firmado, cobró por adelantado, y siguió con su aire ausente, la mirada perdida en las páginas de un suplemento dominical lleno de tiras cómicas y pasatiempos.

Bellamy subió a la habitación asignada en el segundo piso, se encerró por dentro, y se dispuso a examinar el equipaje del difunto McCoy, el hombre del automóvil color *beige*. Le bastó para ello utilizar el cortaplumas que colgaba de su llavero, en el bolsillo delantero de su pantalón, para violentar los dos cierres, ya que las llaves del maletín debieron quedarse con el cadáver de su dueño en el lugar del siniestro.

Levantó la tapa del maletín. Éste aparecía cuidadosamente cubierto por una gamuza gruesa, color marrón, que apartó sin prisas.

Se quedó sin aliento.

El contenido de aquel maletín era el de un auténtico especialista.

Un especialista en matar, para ser exactos.

Sólo así se podía explicar la presencia, sobre un blando lecho rojo oscuro, de gruesa pana aterciopelada, con sus correspondientes huecos bien dispuestos, y en éstos, encajadas perfectamente, las piezas desmontables de un potentísimo rifle con mira telescópica, capaz de abatir a un búfalo a un cuarto de milla, colocando una bala entre sus ojos. Al lado de las piezas del rifle, una automática «*Parabellum*» con tubo silenciador, también en sus huecos respectivos y a medida. Y, completando el arsenal, dos pequeñas granadas de mano y un par de cuchillos afiladísimos y puntiagudos, capaces de segar cabellos en el aire.

—Cielos... —jadeó Bellamy—. ¿Qué clase de angelito era el tal McCoy, para llevar esto consigo?

El maletín no parecía tener nada más, aunque de por sí ya era suficiente con todo aquello. Calmosamente, Bellamy se incorporó, paseando por la estancia y echando de menos un cigarrillo. Había perdido su paquete y su encendedor, cuando dejó su chaqueta en el otro cadáver, consumiéndose en las llamas.

Ahora no tenía documentación, cigarrillos ni fuego. Pensó en bajar a buscar a algún bar cercano, pero optó primero por saber algo más de Lester McCoy, el hombre que con su estúpido error al volante, había provocado su propia muerte y había librado al Zorro Bellamy de las garras del FBI.

Extrajo la cartera billetero, con renovado interés. Empezó a sacar de ella todo cuanto contenía, y lo dispersó sobre la sucia colcha de la cama, disponiéndose a un examen minucioso de todo lo que en ella había.

Supo así el número de la Social Security de McCoy. Figuraba como «vendedor a comisión», sin más detalles. Parecía ser ése su oficio.

—Como no fuese representante de una fábrica de armas... — Gruñó entre dientes Bellamy, sacudiendo la cabeza con escepticismo.

Luego supo que estaba casado y tenía un hijo. Constaba en un documento laboral, y por el mismo supo que su esposa se llamaba Stella y su hijo Dave. Éste tenía en la actualidad siete años. La esposa, veintiocho. McCoy, el difunto, tenía exactamente treinta y dos. Había nacido en Pennsylvania. Pero tenía documentos expedidos en Los Ángeles, con fecha de hasta diez años atrás.

Eso le decía poco del muerto. Encontró una fotografía. Un hombre, una mujer y un niño, ante una casita de campo, en un día soleado. Era una fotografía de revelado instantáneo. Supuso que eran ellos tres.

Poca cosa más encontró allí. Solamente una pequeña agenda con números telefónicos, y unas páginas para apuntes. La hojeó. Había muchas cosas borradas. Pero últimamente, había trazado unas líneas que no estaban borradas. Las leyó.

«Cuatro trabajos. A 50,000. Urgente. Instrucciones hotel Rodeo, Santa Bárbara, a nombre de Leif Brunner, día 12».

Bellamy arrugó el ceño. Miró su reloj. Era el día 12, exactamente. Pero lo sería ya por poco tiempo. Eran las diez de la noche. Recordó en el acto el lugar del accidente: Crenshaw Boulevard, hacia Prairie. Cerca de las Colinas Baldwin. Cerca, por tanto, de Santa Bárbara Avenue. Recordó vagamente que allí había un hotel de lujo, el Rodeo.

Siguió meditando. McCoy no venía del hotel al morir. *Iba* hacia él, dada la ruta de su coche. Por tanto, la muerte evitó que llegase allí a recoger esas instrucciones a nombre de Leif Brunner.

Era un disparate, pensó, pero le intrigaba profundamente la personalidad de Lester McCoy, ahora que sabía lo que contenía el maletín negro. Después de todo, para el inspector Nichols, de Scotland Yard, Zorro Bellamy estaba muerto... y McCoy vivía. Dentro de poco, sabría que McCoy había huido del hospital sin dejarse examinar a fondo, y eso le haría entrar en sospechas. Tenía cierto derecho a saber, en estas circunstancias, qué clase de identidad había adoptado. Algo le decía que no era una cualquiera, y que posiblemente se había metido en un lío mucho mayor que habiendo seguido siendo Richard Bellamy.

Descolgó el teléfono. Pidió línea con el exterior. La voz somnolienta del conserje gruñó algo ininteligible, pero oyó la señal de que podía marcar ya cualquier número del exterior. Primero llamó a información, pidiendo el número del hotel Rodeo. Se lo dieron. Luego marcó ese número.

—Hotel Rodeo —dijo una voz.

—Recepción, por favor —pidió Bellamy.

—Esto es recepción —dijo una voz—. ¿Qué desea?

—Mi nombre es Leif Brunner. Creo que tengo ahí algo a mi nombre. Mi viaje ha sufrido una demora involuntaria. Quería confirmar este punto, por favor.

—Un momento. No se retire.

Esperó, impaciente. Tras unos momentos tensos, la voz volvió a sonar:

—Señor Brunner, tiene usted reservada aún su habitación, pero se nos dijo que llegaría antes. También tiene un mensaje en su casillero. ¿Tardará mucho en llegar aquí?

—Sólo unos minutos —suspiró Bellamy—. Estoy de viaje hacia ahí.

—Bien, señor. Le esperamos.

Colgó. Lanzó un resoplido. Aquello era una locura. Pero iba a cometerla. Tenía que saber algo más de McCoy, y luego vería lo que hacía. Esto era mejor que dormir en aquella sucia habitación destartalada, para intentar al otro día evadirse de Los Ángeles sin que los federales cayeran sobre él.

Salió del hotel, ante la sorpresa del conserje, que pese a ello siguió imperturbable en su asiento, hojeando el suplemento dominical. Por fortuna, Bellamy había logrado encajar las cerraduras del maletín y éste se podía abrir y cerrar con alguna dificultad. Tomó un taxi y se encaminó a Santa Bárbara, bastante lejos de allí.

Por el camino, siguió reflexionando sobre el asunto. Para ser un simple viajante a comisión, Lester McCoy tenía entre manos unos asuntos bastante raros y complicados. El hotel Rodeo no era un lugar para alojarse un simple comisionista, sino un ejecutivo, y de muy altos vuelos. Dormir allí debía de subir, por lo menos, a ciento cincuenta dólares diarios, si no era más.

Eso le hizo recordar algo: tenía muy poco dinero encima. Lo contó, sacándolo de su pantalón. Exactamente treinta dólares y unas monedas. Tendría que ingeniárselas para pagar la cuenta al otro día, si no estaba pagada ya de antemano.

Cuando llegó al hotel Rodeo, miró precavidamente a uno y otro lado, antes de entrar en el suntuoso edificio, rodeado de jardines y palmeras. Los coches aparcados en el estacionamiento, eran todos de alto precio. Se sintió como un vagabundo, al entrar en mangas de camisa en el amplio hall. *Unos caballeros de smoking le miraron como si acabara de caer de una nube. Una dama de traje de raso negro, con pedrería, pasó por su lado con evidente aprensión.*

Bellamy llegó al mostrador de recepción. Los recepcionistas le miraron con cierto recelo. Un hombre alto, canoso, uniformado de gris, se aproximó a él.

—Lo siento, señor —dijo—, si busca alojamiento, están todas las plazas ocupadas y...

—Tengo plaza reservada en este hotel —cortó Bellamy secamente—. Mi nombre es Leif Brunner, y acabo de llegar de un largo viaje. He sufrido un accidente, de ahí mi aspecto.

—¿Brunner ha dicho? —El hombre pestañeó—. Oh, un

momento. Usted telefoneó no hace mucho, ¿no es cierto?

—Hace veinte minutos, aproximadamente. Estoy fatigado y maltrecho por lo sucedido en el viaje. Quisiera retirarme pronto a descansar.

—Un momento, señor Brunner —había ahora deferencia en su tono—. Le daré su llave enseguida.

Buscó, para volver con la llave y un voluminoso sobre de papel manila, cerrado y precintado. Le entregó todo, llamando a un botones.

—Habitación 517, señor —informó—. El botones llevará el equipaje...

—No, gracias —cortó Bellamy, tajante—. Es frágil. Lo llevo yo.

—Como guste, señor —inclinóse cortésmente el conserje—. ¿Desea que le suban algo a su habitación?

—Sí, por favor —recordó varias cosas, entre ellas que no tenía tabaco ni había cenado cosa alguna—. Quiero un consomé, pollo frío y una botella de vino tinto. También un paquete de cigarrillos y fósforos. Lo antes posible.

—Estará todo listo enseguida, señor Brunner. Buenas noches, y feliz descanso.

Bellamy sonrió, camino ya del ascensor, precedido por el botones. De momento, todo iba bien. Por un instante había temido que McCoy fuese ya conocido allí, pero parecía ser que no. Por tanto, la cosa iba bien. Demasiado bien, quizá. Tenía el presentimiento de que estaba metiéndose en un avispero.

Pero toda su vida había sido igual. No le importaba lo que ahora pudiese suceder, si ello significaba riesgo, aventura... y la posibilidad de obtener algo práctico.

Cuando estaba ya solo, tras haber dado una generosa propina al botones y tras cerrar la puerta de la amplia y suntuosa habitación, las cosas empezaron a mostrar a Bellamy su más atractivo rostro pero, a la vez, también su más inquietante dimensión.

Porque apenas hubo abierto el sobre color manila, de su interior surgió una carta doblada cuidadosamente... y entre sus pliegues, dos fajos de billetes de cien dólares.

Cada fajo contenía doscientos cincuenta de esos billetes, nuevos y crujientes, aunque no con numeración correlativa, según comprobó.

Tenía entre sus manos cincuenta mil dólares llovidos del cielo.

La carta que acompañaba al dinero era significativa, aún dentro de su propia ausencia de detalles concretos:

«McCoy:

Le adjuntamos pago del primer trabajo. Sabemos que lo habrá hecho ya, cuando recoja este sobre el Rodeo Hotel. Le restan tres trabajos más. Como sabe, a otros cincuenta mil por cada uno. Es su ocasión de demostrar que es un perfecto profesional.

Le adjuntamos nombre de su segundo personaje, tal como convinimos. Lo encontrará en la Residencia Howard, en Bel Air, a la altura de Sunset, junto a San Diego Freeway. Acuda allí. Está invitado, con su nombre real de Lester McCoy. Tendría nuevas instrucciones sobre los dos trabajos restantes, una vez en la casa, donde va a permanecer como invitado todo este fin de semana.

El nombre número dos es:

Craig Nolan.

En cuanto confirmemos el trabajo de Harris, haremos lo preciso para prepararle el resto de la tarea.

Suerte».

Iba sin firma. Sin más detalles. Sin un solo nombre escrito, salvo el de aquel Craig Nolan que parecía ser el objetivo primordial de McCoy en su trabajo.

Bellamy releyó varias veces la carta, mientras saboreaba el consomé, el pollo frío y el buen vino tinto californiano, servido en su habitación. Luego, se sirvió un *bourbon que también le trajera el botones en una botella sin descorchar, encendiendo un cigarrillo con un fósforo de la carterita con el nombre del hotel.*

Había sido un buen refrigerio en la habitación confortabilísima del hotel Rodeo, mientras funcionaba la televisión en color frente a él, dando un musical intrascendente. La carta le tenía intrigado. ¿Cuál podía ser el trabajo de McCoy, en un fin de semana, como invitado en una residencia de Bel Air, una de las zonas elegantes de la ciudad? Esa tarea tenía un nombre: Craig Nolan. Evidentemente,

McCoy tenía perfecto conocimiento de ello.

Y él estaba imaginándose algo.

Algo que, apenas unos momentos más tarde, se concretó en la pantalla policromada del televisor, cuando hubo terminado el musical para dar paso a un informativo local, desde la KTLA.

El locutor transmitió esta repentina noticia con voz monocorde:

—A última hora de esta tarde, en Century Boulevard, cerca del Hollywood Turf Club, ha resultado muerto, de un disparo efectuado a distancia por algún francotirador oculto, el concejal Bradford Harris, conocido ciudadano de Los Ángeles, últimamente señalado como posible candidato a la alcaldía de la ciudad en las futuras elecciones municipales, así como importante industrial californiano y presidente de la Junta de Beneficencia local, que tanta ayuda presta a enfermos, desvalidos y huérfanos en su sede social de Sunset Boulevard. La bala que mató al concejal Harris fue del calibre

44-40,

disparada sin duda por un arma dotada de mira telescópica, a distancia del lugar donde se hallaba la víctima en esos momentos. El asesino aún no ha sido hallado, pese a que se efectúan intensas gestiones para conseguir algo positivo. El concejal Harris visitaba habitualmente el Turf Club a las mismas horas, por lo que parece evidente que su asesino sabía perfectamente cuándo y dónde localizarle para cometer su atentado. Les daremos más información sobre el penoso suceso, apenas llegue a nuestro poder.

Siguieron otras noticias de escaso interés. Bellamy aplastó el cigarrillo en el cenicero, y se tomó de un trago su *bourbon*, *serviéndose otro seguidamente*.

Ahora, sí.

Ahora estaba seguro.

La carta mencionaba algo revelador:

«En cuanto confirmemos el trabajo de Harris, haremos lo preciso para prepararle el resto de la tarea».

Harris.

Bradford Harris. Concejal de Los Ángeles, futuro candidato de la alcaldía, industrial y benefactor público. Asesinado. De un disparo de rifle a distancia. Calibre de bala,

44-40.

Abrió el estuche forrado de pana aterciopelada. No necesitó revisar muy a fondo el rifle. Sus balas eran de calibre

44-40.

Olió el cañón. Un leve aroma a pólvora brotaba de él. Había sido usado recientemente. Aquel mismo día.

Recordó más detalles: el coche *beige* y su ruta. Venía de esa zona, precisamente. De Century Boulevard. Del Hollywood Turf Club.

Ahora sabía que sus sospechas eran ciertas. Conocía el oficio real de Lester McCoy.

—Viajante a comisión... —Gruñó para sí, con sarcasmo—. Seguro. ¡Vendía un artículo llamado Muerte! Y a buen precio, según parece... Cincuenta mil por la vida de un concejal. Ahora... le toca el turno a un tal Craig Nolan, en la Residencia Howard, de Bel Air.

Se quedó pensativo, con el rostro ensombrecido. Era jueves noche. Al otro día, viernes, se iniciaba el fin de semana. En esos días, otros hombres debían morir.

Pero el ejecutor estaba muerto. El «especialista» ya no existía.

Estaba contemplando la carta sin firma, con aire ausente. Estuvo seguro de cuál era el origen exacto de aquella misiva anónima. Era pura lógica.

El Sindicato.

Se hablaba siempre de él. Pero nadie podía probar nunca su existencia. Ahora, en sus manos, un azar increíble depositaba un mensaje del siniestro Sindicato. Y las armas de un especialista en matar. Eso... y dinero.

Abanicó los billetes con su faja, como si fuesen dos mazos de naipes con el rostro de Benjamín Franklyn en su centro, y la cifra de 300 repetida en cada ángulo del papel moneda. Dinero ensangrentado. Dinero sucio, con hedor a muerte.

—Quien paga tanto por un crimen, es porque tiene mucho dinero —murmuró para sí, entornando sus fríos ojos centelleantes—. Sin duda el contratante es alguien que es respetado en la ciudad. Rico, prestigioso, conocido... ¡Y entretanto, los federales persiguen a pobres diablos como yo! Así va el mundo, malditos sean todos...

Encajó las mandíbulas con ira. Muy bien. Si querían que las cosas fuesen así, así serían.

Iría a ocupar el puesto de McCoy. A saber en qué consistía la auténtica tarea de McCoy como asesino a sueldo. Tenía los medios suficientes ahora: unas señas, unas fechas, un nombre, y un dinero. Y unas armas sofisticadas. Sólo que no sería Lester McCoy quien fuese a la Residencia Howard, sino Richard Bellamy, un hombre que jamás había matado a nadie. Pero que no dudaría en hacerlo por defender su propia vida o la de una víctima inocente, pese a la persecución de que era objeto por parte de las autoridades locales, como auténtico delincuente peligroso para la sociedad.

—Será fascinante comprobar lo que sucede cuando ocupe yo el puesto de un asesino —se dijo duramente.

Y cuando hubo terminado su segundo vaso de *bourbon*, *mientras unas bellas muchachas bailaban en la pantalla del receptor de televisión, había tomado ya definitivamente su decisión.*

Lester McCoy, asesino profesional, ya no existía. Pero «otro» Lester McCoy iba a visitar el escenario dispuesto para uno o varios crímenes.

CAPÍTULO IV

El teléfono despertó violentamente a Stella McCoy.

Se incorporó, sobresaltada, en su lecho. Miró a la habitación de su hijo, al lado opuesto del corredor, temiendo que el timbre le despertara. Pero aunque éste siguió sonando, no hubo señal alguna de que el pequeño Dave se despertara.

Descolgó, dominando su nerviosismo e inquietud, pensando que sin duda sería Lester, su esposo, quien la llamaría en esos momentos por alguna razón.

El hecho de que a las cinco de la madrugada pudiera llamar él, tras su brusca salida de casa el día antes, la preocupaba, sin saber la razón. Desde un principio, pese a lo que para ellos suponía aquella oferta fabulosa, no le había gustado la repentina ausencia de Lester. Su instinto le decía que algo funcionaba mal.

—¿Sí? —preguntó, aferrando con fuerza el teléfono.

—¿Señora McCoy...? —preguntó una voz masculina, jadeante y ronca, que le resultó totalmente desconocida.

—Sí, yo misma. ¿Quién llama?

—Usted... usted no me conoce, señora... —Sonó la voz, fatigosamente, entre toses espasmódicas—. Soy... soy amigo de Lester, su marido...

—Lester no está. Ni ésta es hora de llamar a una casa...

—¡Espere, se lo ruego! ¡No cuelgue! —La voz parecía de pronto angustiada—. Es grave... muy grave lo que tengo que, decirle, señora...

—¿Qué quiere decir? —El temor de ella fue en aumento—. ¿Quién es usted?

—Mi... mi nombre es Canary, Morgan Canary... pero eso tal vez no le diga nada a usted, porque sé cómo es Lester, y nunca le habrá hablado de mí...

—Canary... Le recuerdo. Usted llamó anoche a mi marido...

—Me alegro que lo recuerde... —La voz parecía insegura, rota a veces. Con otra tos, reanudó el diálogo dificultosamente—: Sí, soy yo, señora... Ha ocurrido algo horrible.

—¿Mi marido? —Se estremeció ella—. ¿Qué le pasa a Lester?

—No, nada. A él, nada, señora... No tema... todavía. Pero le ocurrirá... Yo, yo estoy terminando... Me queda poco de vida... Estoy malherido, agonizando... Tengo el tiempo justo de hablarle. No me interrumpa, por favor...

—¿Pero qué sucede? ¿Qué le ocurre a usted?

—He tenido unas visitas... Me han torturado. Me dejaron por muerto... pero aún sobrevivo... por poco tiempo ya. Lo justo, señora. Llame a su marido. Hágale regresar inmediatamente, ¿lo entiende? ¡Oblíguele a ello, dígame que lo sabe todo y que no puede seguir adelante su trabajo... porque ellos piensan matarlo!

—Matarle... Dios mío... —La congoja, el horror, ahogaban a Stella McCoy—. No sé... No entiendo nada. Pero no puedo llamarle, no sé dónde está...

—Yo... se lo diré... Espere a mañana... a mediodía... Hasta entonces, ignoro dónde estará metido Lester... Mañana, sí. Irá a... a un lugar, una residencia en Bel Air... Tiene usted que... que llamarle. Avísele. Dígame que ellos me torturaron, me sacaron la verdad... y me asesinaron. Piensan eliminarle en cuanto termine la tarea. Que no espere a eso. Que se vaya *ahora*, que aún es tiempo...

—Pero... pero esto es demencial. No tiene sentido... —Temblorosa, se dejó caer en la cama, estrujando el teléfono entre sus dedos—. Mi marido es sólo un viajante, no tiene enemigos... Es un hombre normal...

—Señora McCoy, no hay tiempo ya de fingimientos. Tiene que saber la verdad. Su... su marido no es lo que cree. Dígame que lo sabe todo. Él trabaja en algo que usted ignora. Ahora tiene que saberlo... porque se trata de su propia vida... y tal vez la de ustedes también, si el Sindicato llega a saber algo...

—¿Sindicato? ¿Qué Sindicato?

—El Sindicato del Crimen, señora. Para el que su marido trabajó siempre como profesional. ¿Lo... lo entiende? —Otra vez la tos. La tos se debilitaba por momentos—. Profesional... del crimen. Sí, señora. Lester es un asesino a sueldo. Ahora podría ser rico con sus últimos trabajos. Pero no debe hacerlos. Apenas cumpla el último

encargo, van a matarle. Temen que se retire y les traicione un día. Los hombres como él están mejor... muertos y callados para siempre. ¿Lo... lo va entendiendo? NO pierda tiempo, por favor... El teléfono de la Residencia Howard, en Bel Air, es...

Le dio el número, que ella anotó nerviosamente. Luego, trató de apremiar a su comunicante:

—¿Qué puedo hacer yo, Dios mío? ¿Cómo puedo ayudar a Lester?

—Llámele. Mañana mismo, a mediodía. Él estará ya allí. Entenderá... y tratará de huir. Es lo bastante listo... para saber lo que le espera...

—No puedo... no puedo creer que mi esposo, un hombre amante, un padre honrado... sea un criminal —sollozó ella.

—Pues así es, señora. Nunca lo hubiera sabido... de no ser por esto... Yo... yo... ¡Oh Dios mío!... Me... me...

Sonó un gorgoteo ronco, horrible, al otro extremo del hilo. Luego, un golpe sordo. Y al final, silencio.

Un silencio completo, absoluto, definitivo. El silencio de la muerte.

—¡Canary! ¡Canary, espere! ¡Canary! ¿Me oye? —clamó ella, exasperada.

No. No la oía ya, sin duda alguna. El teléfono siguió mudo.

Stella soltó el aparato, estalló en llanto, y se derrumbó de bruces en el lecho, sacudido su cuerpo por espasmos de dolor, de angustia y desesperación.

Era, realmente, una residencia suntuosa. Más que una residencia, quizá.

Richard Bellamy contempló, absorto, las altas verjas, los frondosos y amplios jardines, las elevaciones del terreno por las que serpenteaban los senderos de asfalto y de grava, hacia el edificio central, una edificación de ladrillos rojos, con tejados de pizarra, mezcla de clasicismo y modernidad.

Aquéel era el lugar adónde se dirigía ahora. Allí debía de matar a un hombre llamado Craig Nolan. No él, por supuesto, sino el hombre cuyo lugar suplantaba. El hombre que se había llamado en vida Lester McCoy, de profesión asesino.

Cargado con su inseparable maletín, vestido ya con ropas nuevas, tiró del llamador de la entrada. No tardó en deslizarse la

puerta enrejada muy lentamente, accionada sin duda por un sistema electrónico.

En el sendero de asfalto que se adentraba en la finca apareció un vigilante armado. Le miró, inquisitivo.

—¿Su nombre, por favor? —pidió.

—Lester McCoy —expuso fríamente Bellamy—. Me esperan.

—Un momento —fue a una cabina lateral, abrió una puerta vidriera, y examinó una lista. Luego, alzó un teléfono, siempre con su mano derecha apoyada en la culata de su revólver colgado de la cadera.

Regresó tras hablar unos instantes con alguien. Tachó algo en la lista que tenía ante sí.

—Su documentación, por favor —pidió ahora.

Le tendió los documentos. Ninguno de ellos, por fortuna, llevaba fotografía. Los examinó atentamente. Miró luego a Bellamy, devolviéndole todos los documentos de identificación.

—Gracias —dijo—. Está usted invitado. Puede pasar.

—Muy amable —sonrió Bellamy, echando a andar hacia el interior.

—¿No trae coche? —se extrañó el guardián.

—No. Me traje un taxi. Tuve un accidente anoche. Mi coche se incendió, desgraciadamente.

—En ese caso, espere —pidió el hombre uniformado—. Alguien vendrá a recogerle. Hay bastante distancia de aquí a la casa. No se mueva, por favor.

Volvió a su Cabina e hizo otra llamada. No tardó en regresar, sonriente.

—Ya está —le informó—. La señorita Calder viene a recogerle.

—¿Señorita Calder? ¿Quién es?

—Jessie Calder. Es la secretaria del señor Howard —informó el policía—. Se ocupa de todos los detalles de recepción de invitados. Es una gran chica, ya lo verá. Y muy bonita, además.

—Vaya, entonces fue un accidente afortunado el mío —sonrió Bellamy, contemplando la pista de asfalto que se perdía entre la frondosa arboleda del vasto jardín.

No tardó en aparecer un pequeño descapotable rojo, conducido por una joven de cabellos casi tan rojos como la carrocería de su bruñido vehículo deportivo. Detuvo el coche junto a él, y le miró

curiosamente, apoyando el brazo en la portezuela. El guardián armado notificó, escueto, tras saludar respetuoso a la joven:

—Es el señor McCoy, señorita Calder. Invitado del señor Howard, como sabrá.

—Sí, está en la lista —asintió ella con una sonrisa, estudiando curiosa a Bellamy—. ¿Qué le pasó? ¿Ha perdido su coche?

—Un accidente. Ardió. Tuve fortuna de salir con bien —resopló Richard.

—Vaya, lo siento. Suba, por favor. Le llevaré a casa.

Hay casi media milla hasta allí, aunque parezca mucho menos, visto desde el exterior.

—Gracias, señorita —se acomodó a su lado, dejando en el asiento posterior su negro maletín, que ahora era diferente al que tomara de manos del difunto McCoy. Se había ocupado aquella mañana, en la tienda del hotel, de comprar otro donde ocultó las armas, mezcladas entre ropas y útiles recién adquiridos. Las cerraduras eran de seguridad absoluta, y sólo él tenía sus llaves.

Partió el coche rojo, ladera arriba. Bellamy contempló el perfil de la joven pelirroja. Realmente, era muy atractiva, como dijera el vigilante de la entrada. Nariz respingona, boca carnosa, ojos pardos, largas pestañas, cejas arqueadas, cabellos sueltos, movidos por el aire. Un suéter deportivo, de vivo color, y unos pantalones tejanos, muy ceñidos a unas bonitas piernas, completaban su indumentaria.

—¿Es usted la secretaria del señor Howard? —preguntó.

—Sí. Yo me ocupo de todos los detalles de este fin de semana —se volvió un momento a mirarle, mientras giraba en una curva arbolada y umbría—. Usted es el único invitado a quien no conoce nadie en la fiesta. Pero basta que sea un buen amigo de Bradford Harris, para ser aquí bien recibido. Lástima que su amigo no pueda ya venir nunca más a nuestras reuniones...

—Sí, lástima —Bellamy tenía que pensar deprisa, sobre la marcha, dado su total desconocimiento del terreno resbaladizo que pisaba—. Fue algo terrible...

—Terrible y monstruoso. ¿Qué daño podía hacer el concejal Harris a nadie que no fuese un canalla o un corrupto? Siempre fue una gran persona, ambos lo sabemos.

—Su forma de morir, revela, evidentemente, que tuvo que ser alguien sin escrúpulos, quizá pagado por algún enemigo personal

suyo o de su política —aventuró Bellamy audazmente—. Ha sido un hecho indignante. Pero ya no tiene remedio...

—No, no lo tiene. Sólo hay que confiar en que aparezcan sus asesinos. Él hubiera estado aquí, con usted, en estos días, como buenos amigos que eran... y ya ve: tiene que permanecer usted solo. La reunión de amigos ya no será la misma tras lo ocurrido. Pero Harris lo había dicho muchas veces: ocurra lo que ocurra, estas fiestas entre amigos deben continuar. Así se hizo hace meses, cuando nuestro buen amigo Gardner se mató con su coche, y así se seguirá haciendo en el futuro. Pero creo que estoy hablando demasiado de cosas muy amargas que usted preferiría sin duda olvidar, al menos hasta mañana, en que asistiremos todos al funeral por Bradford Harris...

—Sí, creo que será mejor intentar, cuando menos, olvidar un poco... —Luego, mirándola pensativo, añadió al azar—: ¿Harris le habló muy a menudo de mí?

—Pues no, la verdad —confesó ella con un movimiento de su roja cabecita—. Por eso nos sorprendió a todos un poco que enviase esa carta al señor Howard, pidiéndole que le invitara a usted este fin de semana, por ser uno de sus mejores amigos. Claro que Harris fue siempre muy callado con sus cosas personales, y me imagino que si esta vez le mencionó a usted, sería por algo relacionado con esa campaña que preparaba para denunciar la corrupción en la ciudad.

—Sin duda fue por eso, seguro —admitió Bellamy, evasivo.

E interiormente, se preguntó si, en realidad, habría jamás escrito esa carta el verdadero Bradford Harris. Si su teoría era cierta, McCoy había sido el verdugo del concejal, por encargo. Difícilmente tendrían entre sí relación amistosa dos personas así. Pero ahora, desaparecido Harris, ¿quién podría comprobar si, en efecto, el invitado McCoy era o no el buen amigo que una carta bien falsificada afirmaba?

Era un modo ingenioso de que alguien metiera en la casa a un hombre portador de muerte. Un hombre que tenía que matar allí a otro hombre llamado Craig Nolan. O posiblemente a más. No debía olvidarse que eran cuatro los trabajos encargados a McCoy. A cincuenta mil dólares cada uno. Un encargo bien pagado.

—¿Está pensando en algo? —le interrogó ella de repente.

—Sí. En Harris —dijo sombríamente Bellamy. Y no mentía, en realidad.

Porque su mente daba vueltas a los posibles motivos oscuros que guiaban a los patronos del especialista al pagarle a tan alto precio esos asesinatos. ¿Política, altas finanzas, un poco de cada cosa?...

—Ya estamos llegando —suspiró la voz de la joven Jessie Calder.

Y frenó el coche rojo ante un amplio porche que daba acceso a la casa roja. Alrededor de ellos, un extenso claro, en forma de semicírculo, aparecía empedrado para dar un aire más campestre al lugar. Los límites de ese claro, lo formaban frondosos árboles y bien cortados setos. Farolas de gracioso estilo se alzaban por doquier, sin duda para dar una intensa claridad al llegar la noche a todos los jardines de la residencia.

Descubrió un anexo que, sin duda, sería un amplísimo garaje para los coches de los invitados, y más allá, entre la espesura, una graciosa y esbelta torre de piedra. La señaló, saltando del vehículo ágilmente.

—¿Qué es aquello? —quiso saber.

—La capilla —informó la joven secretaria—. En ella se harán los funerales por su amigo Harris. Al señor Howard no le gusta demasiado asistir a ceremonias fuera de estos muros. A lo único que asistirá, naturalmente, será al entierro de su infortunado amigo, como todos nosotros. Pero los oficios religiosos se harán aquí, como es costumbre en la familia.

—Entiendo. Esto es como un mundo aparte.

—Algo así —sonrió la joven, distraída—. Ya irá dándose exacta cuenta de ello, señor McCoy.

Sin hacer ningún comentario, Bellamy avanzó hacia la casa con su maletín flamante. Un par de criados, aparentemente un mayordomo y una doncella, esperaban en el porche. Se aproximaron a él, haciéndose cargo de su valija.

—Bienvenido, señor —saludó respetuoso el hombre, antes de alejarse—. ¿Señor McCoy?

—Sí —asintió Bellamy.

—Sígame, por favor —terció la doncella con amable sonrisa—. Le conduciré a su habitación.

—Vaya usted, McCoy —apoyó Jessie Calder, agitando una mano

desde el coche—. Nos veremos más tarde. Y, como ha dicho Hawkins, bienvenido a la casa. Espero que pase un feliz fin de semana lo más grato posible... a pesar de todo.

Hizo Bellamy un gesto, asintiendo y siguió a la doncella, en tanto ella se alejaba con el coche rojo por los senderos del jardín.

Descubrió, moviéndose ante sí, un rotundo trasero bien marcado contra el tejido negro brillante del uniforme, y unas piernas magníficas, que podía descubrir hasta medio muslo. Siguió aquellos indicadores tan agradables, olvidándose un tanto de todo lo que le preocupaba, para concentrarse tan sólo en los cimbreos de las prietas y redondas nalgas femeninas.

Cuando quiso darse cuenta, estaban al final de la amplia escalera que partía desde un gran vestíbulo, y la doncella se detenía ante una puerta donde ya el mayordomo había depositado el negro maletín.

—Su habitación, señor —sonrió la joven doncella, volviéndose hacia él.

Descubrió sus ojos, inconfundiblemente clavados en su trasero, y sonrió con coquetería, alisando el delantal de crujiente tela almidonada y blanca. Ello hizo que también destacaran sus firmes pechos. Aquella muchacha tenía unas formas turbadoras, pensó Bellamy cínicamente.

—Gracias, encanto —dijo, pasando junto a ella. Y como la doncella no se movió, tal vez intencionadamente, Bellamy la rozó de forma ostensible los pechos, sin que ella reaccionase.

Era una espléndida habitación, provista de un ventanal encristalado, asomado al jardín, muebles coloniales, cortinas alegres y toda clase de comodidades. Se volvió hacia la doncella, que seguía en la puerta.

—Esto es un palacio —comentó—. ¿Todos los invitados tenemos un alojamiento igual?

—Todos, señor —asintió la joven, exhibiendo la punta de su lengua entre los labios gordezuelos—. Si me necesita para algo, estaré a su disposición.

—Muy amable, preciosa. Pero quizá no estés tan dispuesta según para lo que te necesite.

—Eso nunca se sabe, señor —fue la frívola respuesta.

Rió, dando media vuelta, y se alejó, con un movimiento de

nalgas realmente agresivo, corredor adelante.

Bellamy soltó un bufido, cerró la puerta, pasando el pestillo, y reconoció el lugar, olvidándose un poco de los atributos físicos de la llamativa doncella.

—Creo que voy a divertirme en este lugar más de lo que imaginaba —murmuró para sí mientras recorría la habitación, el vecino cuarto de baño y examinaba el amplio ropero, comprobando que sólo había una entrada y una salida: la puerta al corredor. Si las cosas se ponían feas, sólo tendría la ventana que asomaba al jardín. Observó que una cornisa se deslizaba bajo la misma, dando vuelta al edificio.

Una vez hubo reconocido el terreno, se dispuso a cambiarse de ropa. Tenía que dar buena impresión a sus anfitriones y compañeros de alojamiento. No sabía cómo se hubiera comportado Lester McCoy en aquellas circunstancias, pero sí sabía cómo lo haría él, que era lo importante.

El timbre del teléfono le sobresaltó casi con violencia. Giró la cabeza, mirando el aparato sobre la mesilla. Se acercó, preguntándose quién le podría llamar ahora. Tal vez la pelirroja Jessie Calder. O quizá el propio Howard, el anfitrión.

Descolgó.

—¿Sí? —quiso saber—. Habla McCoy.

—No se retire, señor —sonó una voz—. Le pongo con el exterior. Es una llamada para usted.

Se estremeció, sin comentar nada. Una llamada para él... Del exterior.

¿Quién podía saber que estaba allí ahora? La respuesta que se le ocurría no le gustó. Pero tenía que atender la llamada. A todos los efectos, él era McCoy ahora. No podía echarse atrás, una vez metido en el avispero. O sería él la víctima de los que habían pagado tan generosamente a McCoy.

La voz sonó, le sorprendió. Era de mujer. Y parecía angustiada:

—¿Lester?

—Sí —procuró disimular la voz, poniéndola algo ronca—. Soy yo.

—Lester, soy Stella —le respondió—. ¿Te ocurre algo? Tu voz... suena rara.

—Me enfrié. No es nada, Stella —mentalmente, se preguntó si

sería la esposa de la fotografía con el niño. ¿Podía saber ella la verdadera profesión del marido? Sin perder tiempo, añadió—: ¿Qué ocurre?

—Oh, Lester, ¿y lo preguntas? Te llamó Canary.

—¿Canary? —Trató de no revelar emoción alguna, de que no se notase que no sabía en absoluto quién era Canary.

—Por Dios, no vengas ahora con disimulos. Me lo contó. *Todo*, ¿entiendes? Ahora *lo sé todo*, Lester. Es horrible, pero trato de entenderlo. Sé que habrá sido por nuestro bien. Tienes que dejarlo, ¿me comprendes? Ahora. Inmediatamente. Ven a casa. Deja todo. Nos iremos lejos.

—No puedo —silabeó Bellamy, confuso y aturdido—. No puedo, Stella.

—¡Has de hacerlo! —Casi gritó ella—. O... o iré a la policía.

Bellamy se puso rígido. Sólo eso faltaba ahora. ¿Y si alguien escuchaba por esta línea en la casa? Trató de advertirla:

—Stella, no sigas. Es una imprudencia. Por teléfono, no. Espera que hablemos...

—¿Esperar? ¿A cuándo? ¿A que hayas hecho tu *trabajo*? —Había una profunda amargura, un doloroso sarcasmo en su voz—. Oh, por Dios, no. No lo soportaría. Vuelve. ¡Enseguida, Lester! Hazlo hoy, *ahora*... o haré lo que te dije. En cuanto sepa que has empezado tu... tu maldito trabajo... ¡lo haré! Ocurra lo que ocurra...

—Stella, espera, yo...

Sonó un zumbido intermitente en el teléfono. Se había interrumpido la comunicación. Ella había colgado. Bellamy, pálido, colgó también. Se enjugó el sudor del rostro.

—Esa mujer ahora... —masculló—. Como cumpla sus amenazas... todo esto se va a derrumbar sobre mí, aplastándome. ¿Quién diablos me metería a mí la idea de hacer este juego?

Se asomó al corredor, cauteloso, sin saber qué hacer. Sera difícil ahora ausentarse de la casa. ¿Cómo explicarlo a nadie, qué excusa buscar?

El mayordomo abría una puerta, dando paso a otra habitación cercana, a un caballero con gafas, cargado con varias maletas. Tras él, una mujer hablaba volublemente con la doncella del hermoso trasero. Oyó fugazmente unas palabras:

—... Sí, ya están casi todos aquí, señor Nolan... —decía el

mayordomo.

Sufrió una convulsión. Miró al hombre de gafas, con aire de alto ejecutivo y gesto inocentón. Craig Nolan. La víctima. La segunda víctima. Aquel hombre tenía que morir. Sólo que él no era McCoy, el ejecutor de asesinatos por contrato.

Volvió atrás con rapidez. La mujer, tras dejar al marido y los bultos en la habitación a ellos destinada, volvía a descender la escalera. Rápidamente, tuvo una idea Bellamy. Arrancó un papel de una agenda recién adquirida. Escribió unas líneas rápidas:

«Nolan:

»No hable con nadie. No diga nada. Pero su vida peligra. El que mató a Harris, ha dispuesto también su muerte. Tenga cuidado».

Salió al corredor. Llegó ante la puerta cerrada. Introdujo el papelito bajo la misma, sigilosamente. Luego, regresó con rapidez a su propia alcoba, cerrando la puerta con pestillo.

Cuando menos, la víctima estaba advertida, por si otro asesino estaba dispuesto a hacer la misma tarea que McCoy. Eso aliviaba en parte su conciencia.

Se quedó mirando el teléfono, pensativo. ¿Qué haría entretanto Stella, la esposa del asesino? ¿Cumpliría su amenaza de ir a la policía a denunciar a su marido?

CAPÍTULO V

Stella McCoy alzó la cabeza de la taza de café que humeaba ante ella en aquella cafetería tan alejada de su domicilio habitual.

Le temblaban las manos cuando el coche-patrulla pasó lentamente ante el local, para proseguir luego su marcha. Se mordió el labio inferior, llena de una extraña congoja.

Hubiera sido tan fácil llamar a aquellos agentes y hablar...

Pero no se trataba de denunciar a un desconocido, sino a su propio esposo. A su marido, al padre de Dave. A Lester, compañero de su vida. Al hombre que, hasta la llamada patética de Morgan Canary, había creído un inocente y honesto comisionista.

Aún resonaba en su oído la ronca voz alterada de su esposo, que casi no parecía ser la suya. Pidiéndole que esperase. Esperar... mientras él preparaba todo para matar a otro hombre.

Matar.

Ése era el espantoso oficio de Lester. Del que habían vivido ellos siempre. Dinero ensangrentado. Y ahora se trataba de algo grande. ¿Qué podía ser, para significar tanto dinero? ¿Quién o quiénes serían las víctimas? ¿A qué lugar correspondería aquel número de teléfono? Habían dicho algo así como «Residencia Howard», cuando ella llamó. Pero habría tantos Howard en la guía telefónica de Los Ángeles...

El coche-patrulla se había alejado definitivamente. Y ella no había delatado a su marido. Pero algo tenía que hacer. Lo que fuese. Cualquier cosa, menos permitir que Lester siguiera matando.

Se puso en pie sin haber probado el café. Se aproximó al mostrador y pagó. Iba ya camino de la calle, cuando los grandes titulares de los diarios locales llamaron su atención desde el puesto de prensa y cigarrillos de la cafetería:

«EL CONCEJAL HARRIS, ASESINADO.

»UN ASESINO PROFESIONAL DISPARO SOBRE
BRADFORD HARRIS DESDE LARGA DISTANCIA,
MATÁNDOLE».

—Oh, no... —sollozó Stella, mortalmente pálida, llevándose las manos al rostro.

Adquirió el *Times* de Los Ángeles. Le temblaban las manos cuando se detuvo en la acera a leer. Había una fotografía del concejal Harris. Y unos subtítulos terriblemente significativos:

«El concejal que luchaba contra la corrupción de la ciudad fue silenciado por asesinos a sueldo. ¿Está el Sindicato del Crimen detrás de todo esto?».

El Sindicato...

Canary lo había mencionado. Pagar tanto dinero por la muerte de unos hombres significaba que esos hombres eran importantes. El concejal Harris lo fue.

Dobló el periódico, apoyándose en el muro para no caer. Sus rodillas temblaban, sus piernas vacilaban. Todo le daba vueltas confusamente. En un ángulo de la primera plana saltó ante sus ojos otra noticia, esta de menor relieve, en una columna inferior.

«Morgan Canary aparece muerto. Un personaje oscuro de los bajos fondos de esta ciudad fue torturado y asesinado por personas desconocidas».

Arrojó el diario en una papelera, realmente angustiada. Todo se iba confirmando: Canary, el Sindicato... Y ahora, el concejal Harris. Y Lester...

—Era la primera víctima... —jadeó—. Seguro. Su primer trabajo. ¡Su horrible trabajo!

Convulsa, regresó a la cafetería, se metió en la cabina telefónica, mientras una camarera, curiosa, la miraba de reojo. Sus manos manipularon torpemente las guías telefónicas de la ciudad, en un esfuerzo desesperado. Si no encontraba nada, volvería a llamar a aquel número. Y preguntaría dónde se hallaba la residencia Howard...

No necesitó hacerlo. En la larguísima hilera de los Howard que

figuraban en la guía, encontró una línea concreta:

HAROLD HOWARD. RESIDENCIA HOWARD, BEL
AIR.

Seguían sus señas. Y el mismo número de teléfono que ella había marcado antes.

Anotó la dirección con apresuramiento, en un trozo de papel. Salió de la cabina, saltando a la calle y llamando a un taxi con gesto casi desesperado.

Fríamente, Rocco Gazzara entornó sus helados ojos, mientras los dedos apretaban con rabia el teléfono. Su voz sonó chirriante:

—¿Estás seguro?

—Por completo. Hicimos bien en poner allí a Ricky vigilando la línea telefónica. Recogió la conversación. Esa mujer lo sabe todo. Amenazó a su marido con ir a la policía.

—Maldita zorra estúpida... ¿Cómo pudo saberlo?

—Canary. Los muchachos no hicieron bien la tarea. Le dejaron por muerto, pero no lo estaba. Llamó a la señora McCoy y la informó. Ahora ella es una especie de bomba de relojería en marcha, para tocios nosotros.

—Tonterías —rezongó Gazzara con acritud—. No sabe nada de nosotros. Ni ella, ni su marido. No pueden revelar dato alguno a la policía.

—Pero saben que el Sindicato está detrás de todo. Si dicen eso públicamente, la ciudad arderá contra nosotros después de lo del concejal Harris. Esto no me gusta.

—¿Crees que a mí me divierte? —masculló el *gangster* *rabiosamente, mordiendo sus propias palabras*—. *Pero así han ocurrido las cosas, y no se gana nada con lamentarse. Es necesario eliminar a la señora McCoy. Luego llegará el momento de hacer lo mismo con su marido. Antes, tiene que hacer su trabajo. Y nadie lo haría como él, seguro.*

—Tal vez la llamada de su mujer le haga vacilar, le asuste o le haga perder la seguridad, Rocco.

—Si fuese así, eliminadle inmediatamente. Que Ricky se ocupe de eso, ¿entendido?

—Sí, claro. Entendido. ¿Y después? Tenemos un cliente

importante, ¿no?

—Ya veríamos el modo de cumplir ese contrato, no lo dudes. McCoy no es el único profesional en el país.

—Pero sí el mejor.

—Todo el mundo puede ser el mejor, hasta que deja de serlo. Dile a Ricky que vigile muy estrechamente.

—Se lo diré, Rocco.

—Y que nuestra gente localice a la señora McCoy, esté donde esté. Hay que acabar con ella. Ahora mismo.

—De acuerdo. Te llamaré luego, Rocco.

El alto jefe del Sindicato colgó. Sus ojos llameaban, iracundos. Pero su mano no vacilaba lo más mínimo, mientras prendía un fósforo y encendía un cigarrillo habano con aire imperturbable.

La conmoción en la residencia Howard era considerable.

Todos rodeaban a Craig Nolan, tratando de entender de alguna forma lo sucedido. El invitado era el centro de la atención colectiva, pero eso no parecía hacerle feliz. Estaba pálido, secaba nerviosamente sus gruesas gafas, y su aire bobalicón se había convertido en un gesto de inquietud y recelo.

—Eso no tiene sentido, Craig —rechazó Harold Howard, el dueño de la casa—. Habrá sido una broma de mal gusto, por parte de alguno de nosotros...

—¿Una broma? —Nolan miró a su anfitrión con rostro demudado—. No creo que a nadie se le ocurra algo de tan poca gracia, Harold.

—Craig tiene razón —corroboró Cynthia Howard, la esposa del dueño de la casa, en tanto apretaba entre sus manos las frías y temblorosas de Ivy, la mujer de Nolan—. Yo no diría que fuese una broma, la verdad.

—¿Qué otra cosa puede ser, Cynthia? —protestó a su vez ahora Tracy Colman, un invitado de elevada estatura y blancos cabellos—. Ese mensaje resulta grotesco. ¿Tú te imaginas a alguien que quisiera matar a nuestro amigo Nolan?

—Y dentro de mi casa... —Howard hizo un gesto con sus manos, ampulosamente—. No tiene sentido, creedme. ¿Usted qué opina, señor McCoy?

Bellamy alzó su mirada, que parecía interesada en el mensaje recibido por Nolan y que éste, desobedeciendo sus instrucciones, en

un arranque histérico, había exhibido a todos aparatosamente.

—Pues... no sé —se encogió de hombros—. Hoy en día, en nuestro mundo actual, todo es posible. Después de la muerte de mi amigo Harris, todo se puede esperar ya.

—Es diferente —protestó Howard—. Harris era un hombre incómodo para muchos. Quería desenmascarar la corrupción pública, y eso siempre es un peligro. Pero Nolan... Por Dios, Craig, dile a este caballero quién eres tú exactamente.

—Presidente del Consejo de Administración de la Cadena Western de Supermercados —manifestó torpemente el aludido.

—Cómo ve, un trabajo que no implica riesgos —rió entre dientes otro invitado, que habían presentado a Bellamy como Allyson Scott, y que era rubio como un nórdico, con ojos azul claros y gesto ambiguo—. ¿Quién querría matar a un alto ejecutivo de supermercados?

—Yo me limité a señalar una posibilidad —Bellamy meneó la cabeza—. Personalmente hubiera hecho caso a ese mensaje, Nolan. Y no hubiera dicho nada a nadie.

—Estoy de acuerdo con McCoy —era la bella y pelirroja Jessie Calder quien, con un delicioso vestido de cóctel, color verde suave, se aproximaba al grupo sonriente—. Como broma, me parece pesada. Como advertencia, muy probable.

—Aunque mi vida peligrara... ¿quién podría saberlo, dentro de esta casa? —gimió Nolan, que parecía presa de una total confusión.

A eso, nadie atinó a responder. La señora Nolan seguía evidentemente nerviosa, pese a cuánto Cynthia Howard, la dueña de la casa, hacía por confortarla.

—Vamos, vamos, querida —habló la esposa del anfitrión suavemente—. Olviden esto. Aunque fuese cierto que tiene algún enemigo capaz de causarle daño, estará a salvo mientras permanezca aquí, entre nosotros. Harold, ¿quieres avisar a Hawkins, para que suelte los perros por la noche, en previsión de cualquier posible riesgo?

—Sí, lo haré, no temas —prometió Howard, con cierto escepticismo—. Si eso ha de haceros felices y devolver la tranquilidad a Craig...

—Lo mejor será no hablar más del asunto y tratar de divertirnos de alguna forma —era Tracy Colman quién hablaba jovialmente—.

¿Estamos ya todos en la casa?

—Casi todos —rió una voz burlona, a espaldas del grupo.

—Se volvieron. Bellamy contempló curiosamente a la recién llegada, que descendía por la escalera, envuelta en los crujientes pliegues de un elegante atavío de noche. Sin soltar su copa de aperitivo, Bellamy estudió críticamente la esplendorosa y sensual belleza de la hembra que se unía al grupo en el vestíbulo.

Era alta, morena, de formas agresivas pero nada vulgares, ojos ardientes y piel suave y blanca, en contraste con el oscuro de sus cabellos y ojos. Allyson Scott se aproximó a ella, tendiéndole sus brazos.

—Mi querida Susan —ponderó—. Estás bellísima, como siempre. Y más aún, puesto que no trajiste contigo a tu marido.

Hubo risas en la sala. Ella también rió, tornando las manos de Scott para ayudarse a descender los últimos escalones, y añadió risueñamente:

—El viejo Prentiss empeoró de su artrosis, y prefirió quedarse en casa, tomando sus rayos curativos y todo eso. Olvidadle, como hago yo, y pensad que soy una solterona apetecible.

—Yo diría que eres una casada apetecible, lo cual te hace mucho más sugestiva y tentadora —replicó cínicamente Tracy Colman.

Nuevamente hubo risas de buen humor en la sala, e incluso se dibujó una tímida sonrisa en el preocupado rostro de Craig Nolan. Repentinamente, el rostro de Susan Prentiss se volvió hacia Bellamy. Sus profundos, oscuros ojos, se clavaron en él.

—Y ese guapo caballero a quien no creo recordar... ¿quién es? —se interesó.

—Oh, qué gran decepción —se lamentó cómicamente Scott—. Das de lado a los amigos, para interesarte por un desconocido... Él es Lester McCoy, un amigo del pobre Harris. McCoy, esta bella dama tan curiosa, es Susan Prentiss, esposa del general Prentiss, retirado... y millonario, por más señas.

—Es un placer, señora —se inclinó, cortés, Richard.

—Llámeme Susan —sonrió ella, acercándose—. ¿Puedo llamarle Lester?

—Claro. Aquí todos somos amigos —sonrió Bellamy—. Y me gusta la idea de ser también amigo suyo, Susan.

—Encantador —suspiró ella, sin dejar de mirarle—. Eso es lo

que es usted: encantador. Casado también, imagino.

—Pues... sí —dijo Bellamy, tras una vacilación, mientras todos le miraban.

—Ya decía yo —se quejó amargamente—. No queda un solo hombre que valga algo, libre de ataduras matrimoniales. ¿Su esposa le acompaña en estos días?

—No —negó Richard—. Vengo solo. Como usted.

—Del mal, el menos —rió Susan Prentiss, colgándose del brazo de Richard Bellamy con desenvoltura—. Ya tengo pareja...

—Oh, no —protestó Colman—. Es injusto. Él acaba de llegar al círculo nuestro, y ya tiene esa fortuna...

—Caballeros, los recién llegados siempre hemos de tener alguna ventaja —sonrió Bellamy, echando a andar hacia el amplio comedor donde les aguardaba el almuerzo, en compañía de la hermosa dama.

Todos acogieron con risitas el comentario. Howard se ocupó de confortar al inquieto Nolan, y la dueña de la casa a la señora Nolan, mientras los demás charlaban entre sí trivialmente. Parecía olvidarse el extraño incidente del aviso anónimo a Nolan.

Bellamy, sin dejar de prestar toda su atención a Susan Prentiss, observó, de soslayo, que Jessie Calder quedaba atrás, caminando más lentamente. Y hasta creyó advertir en la mirada de la joven secretaria, una especie de reproche hacia él, por haberse dejado prender en las redes de la hermosa dama.

Cuando, terminada la comida, regresaron todos a sus habitaciones, a prepararse para un paseo por los jardines de la finca, o para practicar más tarde algún deporte en el pabellón que los Howard tenían al efecto en una de las zonas ajardinadas, fue cuando encontró Bellamy el papel depositado en su alfombra, tras haber sido deslizado bajo la puerta.

Cerró ésta con el pestillo, y desplegó la hoja, que aparecía asegurada con cinta transparente adhesiva.

Contenía sólo unas líneas a máquina, escritas en mayúsculas:

«RECUERDE: NOLAN ES SU HOMBRE. ACTÚE PRONTO. SEGUIRÁN LOS OTROS DOS. TODOS EN ESTE FIN DE SEMANA: ALLYSON SCOTT... Y HAROLD HOWARD, EL DUEÑO DE LA CASA.

»USE SUS PROPIOS MÉTODOS. PERO NO FALLE».

El papel era un mensaje. Del Sindicato... o de la persona que hizo el encargo de las cuatro muertes por contrato.

Ahora ya conocía a sus víctimas. Dos invitados. Y el anfitrión. Nolan, Scott... y Howard.

Tres personas sin aparente conexión entre sí. Un concejal, un directivo de una cadena de supermercados, un hombre de la brillante vida social de la ciudad... y el propietario de una suntuosa finca, que había sido amigo también de Bradford Harris, la primera víctima. ¿Por qué, precisamente, esas cuatro personas, a cambio de una fortuna en efectivo?

—No tiene sentido —gruñó entre dientes, volviendo a leer el mensaje—. Pero alguien en esta casa trabaja también para el Sindicato... o para quien hizo ese macabro contrato criminal. Pero... ¿quién?

Y recordando su aviso a Nolan y la publicidad que éste hiciera del mismo, sintió un escalofrío. Había sido un error, un paso en falso. Pero ya estaba dado, y era tarde para retroceder.

En aquel momento, un grito horrible rasgó el silencio de la tarde en la finca de los Howard. Bellamy se puso rígido. Luego se precipitó hacia la puerta, saltando al corredor, sin acordarse siquiera de empuñar una de las poderosas armas que ocultaba en su maletín.

Llegó a tiempo de ver salir al hombre de la habitación de Nolan.

Era un individuo chaparro, con sombrero bajado sobre el rostro. En su mano, humeaba una automática provista de silenciador.

Giró la cabeza hacía uno y otro lado del corredor, descubriendo a Bellamy en ese momento. Alzó el arma y apretó el gatillo.

¡Ploc!

Fue como un taponazo. La bala zumbó en el aire. Un momento antes, Bellamy se había lanzado hacia adelante, de bruces, eludiendo el impacto. Ya corría el individuo, pasillo adelante. Bellamy se lanzó tras de él.

Al pasar ante la puerta abierta del cuarto de Nolan, descubrió a este boca abajo en medio de la alfombra, sobre un charco de sangre. Bellamy supo que estaba muerto. Alguien se había anticipado al supuesto McCoy, el especialista.

Y ese alguien era el individuo que huía ante él.

Cuando llegaba al fondo del corredor, y ya en el resto de la casa

cundía el pánico y la alarma, con gritos, carreras y portazos, Bellamy tomó impulso, dio un poderoso salto... y cayó sobre el fugitivo.

Éste masculló algo entre dientes, emitiendo un áspero «¡traidor!», altamente revelador para Bellamy, y el arma buscó el rostro del supuesto McCoy, para disparar a quemarropa.

Richard Bellamy no vaciló. Descargó un formidable rodillazo en las ingles del individuo, y sin darle reposo, le machacó con ambos puños el hígado y la sien, al tiempo que el arma disparaba, zumbando la bala sobre su hombro.

Le golpeó de nuevo, con su mano abierta como un hacha, sobre el cuello, en tanto su otra mano intentaba desarmarle. El hombre chilló, con vivo dolor, retrocedió, y dio un salto siniestro, tratando de huir de los dolorosos impactos de las manos de su adversario.

Fue un trágico error, porque saltó hacia un costado, sin advertir que allí estaba la vidriera que daba al jardín, que llegaba virtualmente hasta el suelo. El cuerpo humano se fue contra esos grandes vidrios, que desgajó con su peso a impulso, haciéndolos estallar ruidosamente.

El hombre de la pistola silenciosa emitió un grito agudo, desesperado, cuando saltó dando volteretas hacia el vacío, desde aquella alta planta de la casa. El empedrado de abajo era un lecho demasiado duro para su cráneo. Bellamy apretó los labios, con horror, cuando oyó el chasquido sordo que produjo la cabeza del hombre al estrellarse contra las piedras redondas. Miró abajo, a través del gran boquete en el ventanal.

Estaba inmóvil, con el cráneo aplastado sobre un charco creciente de sangre. Ya nunca diría a nadie quién le había ordenado matar a Craig Nolan.

Se volvió Bellamy, jadeante. Los invitados venían hacia el lugar. Los Howard llegaban por la escalera. Y con ellos, lívida, temiendo lo peor, la señora Nolan, que se había quedado abajo, sin duda, mientras su marido subía a cambiarse. Eso, quizá, firmó la sentencia de muerte de su esposo. O la libró a ella de acompañarle en su último y violento viaje.

—Lo siento, señores —jadeó Bellamy—. Parece que no era ninguna broma pesada, después de todo. Ese hombre que yace abajo... mató a Craig Nolan.

Stella McCoy caminó un trecho más, sendero arriba. Consultó las señas que llevaba.

No había duda. Era aquel edificio. Sobresalía de un frondoso jardín, tras las altas verjas que lo circundaban. La residencia Howard. Respiró hondo, deteniéndose. Su corazón palpitaba.

Ahora ya no estaba tan segura. Si pedía ver a su esposo, tal vez lo único que lograría era causar el desastre de éste. Pero tenía que hacerlo. Antes de que fuese demasiado tarde. La idea de denunciarle a la policía era una locura. Jamás podría hacer algo así. No con Lester. Se querían. O se habían querido alguna vez. Él amaba a su hijo. Y el niño a él. Entregarlo, significaba perderlo definitivamente. Un asesino a sueldo, ¿qué pena puede recibir? Si la pena capital está en vigor, nadie le libra de la cámara de gas en California. Si no, como mal menor... toda la vida en San Quintín.

Claro que no sabía cómo sería su vida junto a un hombre del que, a partir de ahora, sabría la cruda y tremenda verdad. Sabría que era un hombre capaz de matar a alguien a quien ni siquiera conocía... sólo porque ése era el contrato establecido. Algo aterrador, abominable. Pero era Lester. Tenía que aceptarle así. O intentarlo. Tratar de olvidar en algún lugar, lejos de Estados Unidos, adonde no llegaran los tentáculos del Sindicato. Y empezar una nueva vida. Eso debían de hacer. O intentarlo, cuando menos. No quería formularse la cuestión de si sería capaz de olvidar, de no pensar, de hacer borrón y cuenta nueva. No, no quería pensarlo.

Se detuvo, tras dar otros pasos. Giró la cabeza. Escuchó, angustiada.

Sirenas policiales. Y una ambulancia.

Subían hacia Bel Air. Hacía aquel lugar, exactamente.

Vaciló, ya parada ante la verja de la residencia de los Howard. El guardián uniformado de la puerta asomó por los barrotes. La miró. Parecía en tensión. Sus ojos se desviaron luego hacia el punto donde sonaban las sirenas. Pero le preguntó, cortés:

—¿Desea algo, señorita?

—¿Yo? —caviló de nuevo ella, insegura—. Pues...

—Ya llegan esos coches —refunfuñó el guardián, sin darle tiempo a decir algo más—. Vamos a tener buen jaleo ahora... Con esos hombres muertos...

Stella sufrió una convulsión. Se extrañó de que el hombre no

notara su mortal palidez, su tambaleo, el horror de su gesto. Retrocedió unos pasos. Miró hacia atrás. Allá a lo lejos, dos coches-patrulla de la policía doblaban una curva. Tras ellos, una ambulancia.

—Dios mío... —sollozó—. Dos muertos...

El guardián ni la hacía caso ya. Parecía no advertir siquiera su presencia. Estaba accionando un sistema electrónico de seguridad, y la puerta se deslizaba silenciosamente, para franquear la entrada a los vehículos. Stella miró con infinita angustia hacia aquellos frondosos jardines, al otro lado de la verja.

—Si pudiera entrar... —susurró, sintiéndose tan cerca y tan lejos de Lester—. Sólo llegar hasta él... saber si aún vive... saber qué ha hecho ahí dentro... Pero ahora, preguntar por él, sería delatarle... Debo irme de aquí, intentar llamarle luego... Sí, eso es lo que debo hacer... Debo serenarme, no precipitarme y estropearlo todo... si es que no está ya estropeado... Dios mío, Dios mío...

Se apartó, mientras los vehículos oficiales llegaban, haciendo oscilar las luces rojas y azules de sus indicativos sobre el capó de los mismos. Pasaron veloces ante ella, entraron en la finca, y las puertas enrejadas se cerraron de nuevo. El guardián armado ni siquiera había vuelto a preocuparse de ella. Stella McCoy, demudada, temblorosa, descendió por la alameda, como un bello muñeco roto...

CAPÍTULO VI

El teléfono de la línea especial emitió el zumbido suave y persistente de su llamada.

Rocco Gazzara lo tomó con rapidez, mientras mordisqueaba nerviosamente la punta de su cigarro habano.

—¿Sí? —preguntó, seco.

—Llama Ricky —dijo la voz al otro extremo del hilo—. He tenido un momento para comunicar. La policía está llegando a la casa. Todo ha funcionado, excepto en una cosa: McCoy no realizó su trabajo. Fue Slade. Y ahora, Slade también está muerto.

—¡Infiernos! ¿Cómo pudo suceder?

—McCoy ha dado una versión de los hechos. No sé si es la verdad. Dice que el asesino intentaba huir... y se cayó por el ventanal a la terraza. Se mató en el acto. De modo que Slade ya no podrá sacarnos de dudas.

—No me gusta eso.

—A mí tampoco.

—¿Por qué diablos McCoy no hizo su tarea?

—Lo ignoro. Slade no se comunicó conmigo. La casa está llena de invitados, y debió temer hacerlo. Pero actuó por su cuenta. Supongo que eso significa que pasó algo que le obligó a ello.

—Bien. Lo ocurrido ya no tiene remedio. Espero que no te relacione nadie con Slade.

—Creo que estoy al margen de sospechas. Mi puesto de jardinero dentro de esta finca me da cierta seguridad. Nadie se fija demasiado en mí. Utilizo la extensión del teléfono que tengo intervenido en el poste de salida de la línea. No pueden captar mi llamada.

—Está bien. ¿Algo más, Ricky?

—Sí. Y serio. Stella McCoy está aquí.

—¿Cómo?

—He podido verla en el exterior, cerca de la casa. Claro que supongo estará bajo vigilancia...

—Dispuse que dos de los nuestros la vigilaran de cerca. No deben andar lejos de ella en estos momentos.

—Stella McCoy puede ser peligrosa, si se mezcla en todo esto ahora.

—Lo sé. Ellos saben lo que tienen que hacer. Hay orden mía de eliminarla en cuanto se ponga demasiado difícil. Y rondar esa casa ahora, es una evidencia de que sabe dónde está su esposo y piensa intervenir, echándolo todo a rodar posiblemente. Evita que entre o se entreviste con la policía. Si no hace nada de eso, que se vaya. Ya se ocuparán de ella mis muchachos, Ricky.

—De acuerdo, jefe. Voy a cortar. Los coches policiales entran ya en la residencia. Es más prudente que me vean por el jardín a que tengan que buscarme.

—Sí, Ricky. Llama en cuanto haya algo nuevo. Y trata de averiguar qué diablos hace McCoy, que no cumple su trabajo puntualmente.

—Lo haré. Si veo que intenta traicionarnos, ¿qué hago?

—No preguntes. En ese caso... ya sabes lo que hay que hacer con él.

—Sí, patrón.

La comunicación fue cortada. Gazzara colgó lentamente, con gesto ensombrecido. Encendió su cigarro con parsimonia.

—Maldito McCoy —jadeó—. No parece el mismo. ¿Qué diablos pretende ahora? Si no cumple sus trabajos tercero y cuarto... habrá que eliminarle antes de tiempo...

Richard Bellamy seguía con mirada pensativa los movimientos de la mujer en el exterior.

Sus vacilaciones, sus indecisiones evidentes, eran ostensibles. Estaba pálida, nerviosa. Era joven y bien parecida, de figura esbelta y rostro entristecido. Un detalle destacó a la aguda mirada de Bellamy: su bolso tenía unas letras de metal entrecruzadas. Utilizó los prismáticos de McCoy para aproximar la imagen más aún, y leer aquellas iniciales incrustadas en la piel del bolso, sin posibilidad de error.

S. M.

—Stella McCoy —silabeó, bajando los binoculares—. Es ella...

Se mordió el labio inferior. La situación era difícil. La policía estaba entrando en la casa. Un asesino profesional estaba muerto allá, sobre las piedras de la terraza. Pero él mismo, en aquella casa, era Lester McCoy, un amigo del senador Harris, como sin duda habían planeado los miembros del Sindicato para introducirle en la casa sin despertar sospechas.

Pero la policía sí sospecharía de él, como de todos. Confirmaría su identidad. Y descubriría, por sus huellas o por cualquier otra cosa, que él era Richard Bellamy *el Zorro*, conocido contrabandista, y no Lester McCoy. Además, la propia personalidad de Lester McCoy era un peligro aún mayor. ¿Y si algún policía sospechaba que él era un especialista a sueldo del Sindicato?

Resolvió actuar deprisa y con decisión. Aquella mujer que paseaba frente a la residencia Howard, era todo un peligro latente. Si entraba, si pedía verle, descubriría todo el pastel, al ver que él no era su marido.

Se apartó de su atalaya, mientras los vehículos policiales y la ambulancia se detenían ante la casa. Miró en torno. El amplio jardín era un lugar ideal para ocultarse. Pero si desaparecía, le buscarían hasta hallar su rastro. Y si electrificaban las cercas, no podría salir ya de la propiedad. Era mejor intentarlo ahora.

Avanzó decidido hacia la salida, con paso rápido, dejando atrás la casa. Cuando llegó a la puerta electrónica, hizo un gesto al vigilante armado.

—Tengo que salir —dijo, serena la expresión—. ¿Puede abrir un momento, amigo?

—¿Ahora? —se extrañó el hombre, escudriñándole—. ¿Con la policía dentro?

—Sí —asintió fríamente Bellamy—. Eso no importa. He de volver inmediatamente. Tengo autorización de los agentes para salir.

—Lo siento. No puedo abrirle sin un permiso expreso. Habiéndose producido dos muertes ahí dentro, no resulta prudente que deje salir a invitado alguno, ni tan siquiera a los dueños de la casa, si la policía no me lo indica.

—Está bien. Si quiere, llame a la casa y consúltelo, para que se convenza —dijo Bellamy con su mayor sangre fría.

—Sí, eso es lo que haré. No se ofenda, pero cuando viene la

policía, prefiero hacer las cosas con su consentimiento y quitarme así responsabilidades. Espero que lo comprenda, señor.

—Claro que lo comprendo —asintió con calma Richard—. Vaya a llamar, si gusta.

El vigilante meneó la cabeza, yendo a su garita. Se inclinó sobre el teléfono, dejando abierta la puerta del pequeño recinto, y comenzó a marcar un número.

Rápido, Bellamy fue hacia él y le descargó con celeridad un seco impacto de su mano abierta en la nuca. Como fulminado, el vigilante cayó a tierra, quedando inmóvil e inconsciente. Bellamy no perdió tiempo. Colgó de nuevo el teléfono interior, quitó al vigilante su arma, un potente «Colt» calibre 44, y pulsó un botón sobre el que se leía la palabra «Abrir». La puerta emitió un zumbido. La verja metálica se deslizó silenciosamente.

Sin perder un momento, Zorro Bellamy abandonó la propiedad, mientras la puerta se volvía a cerrar automáticamente. Miró alameda abajo. La mujer que debía de ser Stella McCoy, tomaba un taxi en aquellos momentos.

Alarmado, Bellamy miró en torno, descubriendo otro que venía en sentido contrario, también libre. Le llamó. Al subir a él, se limitó a indicar:

—Siga a ese coche, por favor. Vaya adónde vaya. A ser posible, que no noten nada.

—Descuide —rió el chófer—. Soy un especialista en esas cuestiones, señor.

Bellamy no dijo nada. Se acomodó, mientras el otro taxi tenía que virar para enfilarse hacia la zona urbana, y ellos siguieron en pos de su marcha, sin prisas. No advirtieron que, de una arboleda cercana, al bajar el taxi anterior, emergía un potente «Cadillac» azul, que emprendió la marcha tras el taxi de Stella.

Pero a medida que se aproximaban al centro de la ciudad, el taxista de Bellamy sí advirtió algo raro en el coche que iba delante de ellos, interponiéndose entre ambos taxis.

—Ése me parece que tuvo la misma idea que nosotros, señor —hizo observar—. Siguen al taxi. ¿Qué es esto, una comitiva?

Bellamy se puso rígido. Observó con mayor detalle la marcha del «Cadillac». Su taxista tenía razón. También el coche aquel seguía a Stella. Eso le preocupó.

—¿Puede acelerar un poco cuando ellos reduzcan? —sugirió—. Me gustaría ver la cara de esos tipos.

—Claro, amigo. Pero volverán a pasarnos fácilmente. Llevan todo un coche.

—No importa. Me bastará con echarles una ojeada.

—Enseguida. Cuando se acerquen a aquella curva, seguro que reducirán algo la marcha. Yo aceleraré entonces.

El taxista, ciertamente, era un maestro en esas tareas. No sólo logró situarse al mismo nivel del «Cadillac», sino que lo rebasó unas yardas. De pasada, Bellamy dirigió una rápida mirada a los ocupantes de aquel coche.

Eran tres. Uno conducía en el asiento delantero. Otros dos se sentaban detrás. Serios y rígidos, como si asistieran a un funeral. Eran hombres de facciones duras, vestidos de oscuro, con expresión impenetrable. Se limitaron a mirar su taxi con indiferencia, y luego volvieron a pasarles, situándose tras el taxi de Stella McCoy.

Bellamy observó en ese fugaz momento que uno de ellos lucía una lívida cicatriz que surcaba su mejilla izquierda hasta la comisura del labio. El otro tenía ojos tan azules como un niño ingenuo. Pero su rostro no tenía nada de aniñado, ni su expresión recordaba ingenuidad alguna.

—Pistoleros —se dijo Bellamy, pensativo—. Y siguen a la mujer de McCoy. ¿Qué está sucediendo aquí? Ese tipo, su marido, debía de estar metido en problemas, aparte de ser un especialista del Sindicato, no hay duda.

Llegaron a Manchester Avenue y, súbitamente, el taxi de Stella se detuvo ante un local abierto. Era un restaurante de tipo medio, y al lado había una puerta que daba acceso a un edificio de ladrillo de tres plantas, en el que se leía:

Habitaciones en alquiler. Precios módicos

Ella pagó la carrera al taxista, y entró en la casa, tras una indecisión, mientras leía los anuncios de la entrada. El «Cadillac» se detuvo inmediatamente detrás. Los dos hombres bajaron del coche azul. Y entraron en pos de Stella McCoy, con andares rígidos y seguros.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Bellamy súbitamente. Le asaltó una desagradable idea. Rápido, entregó un billete a su

taxista.

—Tome esto, amigo —dijo, saltando a la acera—. Y guárdese el cambio, por su buen servicio.

Entró sin pérdida de tiempo en la casa de alquiler de habitaciones, casi pisando los talones a los dos hombres.

Los descubrió en la escalera, vigilando a la mujer que, inclinada sobre un mostrador de recepción, en una planta elevada, hablaba con un viejo conserje.

Las manos de los dos hombres se hundían bajo sus negras chaquetas significativamente. Bellamy empuñó el «Colt» que había quitado al vigilante de la residencia Howard, alegrándose de haberlo hecho.

En ese momento, los hombres extrajeron sus armas súbitamente. Eran pistolas automáticas provistas de tubo silenciador. No harían mucho ruido. Y, evidentemente, para no dejar testigos de su crimen, no sólo acribillarían a la esposa de McCoy, sino también al conserje de la casa.

—¡Eh, amigos! —llamó Bellamy agriamente—. ¿Ocurre algo?

Los dos tipos giraron la cabeza simultáneamente, al oír su voz. Cuando descubrieron lo que empuñaba en su mano, también giraron las armas, con una imprecación, al tiempo que el conserje y la señora McCoy se volvían hacia ellos.

Bellamy no vaciló. Sabía que era su vida la que estaba en juego ante dos profesionales del crimen. No tuvo la menor compasión con ellos.

Su dedo apretó el gatillo dos veces. Tenía bajo el punto de mira de su revólver a ambos hombres. El arma restalló con agrias detonaciones que sacudieron la casa.

Como golpeados por un mazo, los dos pistoleros saltaron, empezando a caer escalones abajo, con la cabeza destrozada. Stella emitió un grito ronco, y el conserje, lívido, pareció a punto de desvanecerse. Bellamy, impasible, dejó de disparar, al advertir que acababa de matar a los dos asesinos del Sindicato.

Los cuerpos cayeron a sus pies, con las armas inútilmente aferradas entre sus dedos. Les contempló glacialmente.

—Ratas —silabeó—. Ya no obedeceréis más órdenes de vuestros jefes...

Alzó la cabeza. Stella, lívida, le contemplaba con vivo horror.

—Lo siento, señora —dijo—. Iban a matarles a ustedes dos. Pero su intención era terminar con usted, eliminarla, ¿lo entiende?

—No... no, cielos. No es posible... —jadeó ella, tambaleante—. Conmigo... ¿por qué?

—Usted lo sabe bien, señora McCoy. No se juega con esta gente. Vamos, tengo que llevármela de aquí antes de que venga la policía. No se quede ahí mirándose. ¡Venga enseguida! Tengo que hablarle de su marido...

—Lester... ¿Qué le ocurre? ¿También a él...?

—Él ha sido siempre igual que esos dos hombres, pero con mayor categoría en su oficio, entiéndalo.

—Dios mío... ¿Quién es usted, cómo lo sabe?

—Venga conmigo y se lo diré. No tenemos tiempo que perder. Además...

En la puerta de entrada a la casa, se oyó ruido. Ella gritó:

—¡Cuidado, tras de usted!...

Bellamy no había descuidado en ningún momento sus espaldas. Tenía ante sí la puerta de la casa abierta, y en el vidrio de la misma se reflejaba la entrada. Así, vio aparecer, pistola en mano, al chófer del «Cadillac» azul, atraído sin duda por las detonaciones de revólver, sin silenciador. También él llevaba una automática silenciosa.

Se volvió Richard con rapidez, y apretó el gatillo de nuevo. Como un martillazo en pleno pecho, reculó violentamente el recién llegado, con un gesto de inmenso estupor en el rostro, soltando su arma y emitiendo un alarido ronco.

La bala disparada por Bellamy le había atravesado el corazón.

Stella emitió otro grito ronco, y él la apremió vivamente:

—Vamos, hay que salir de aquí. O la acusarán a usted de estar mezclada en estas muertes, señora. Venga conmigo, pronto.

Ella vaciló aún, pero se aproximó, bajando las escaleras y, evitando pisar los cuerpos de los pistoleros muertos, pasó por encima de ellos con repugnancia. Bellamy la tomó de un brazo, y la llevó a la calle, mientras el conserje reaccionaba, intentando usar el teléfono.

En la calle, se habían reunido algunos transeúntes, atraídos por las detonaciones. Bellamy, que había ocultado su revólver bajo la chaqueta, se limitó a decirles, señalando al interior.

—¡Tengan cuidado, una banda de *gangsters* se están matando a tiros ahí dentro!

Fue suficiente para que el grupo de curiosos se disolviera como por ensalmo ante tan alarmante aviso. Bellamy sonrió duramente, arrastrando consigo a Stella. Paró un taxi/y la hizo subir. Una vez dentro, indicó al taxista:

—Dé vueltas por las calles de momento. Eso es todo.

Luego se volvió a Stella, que sollozaba ahogadamente, tras el nerviosismo pasado en la violenta escena. Dejó que desahogara su natural histerismo, y luego la miró fijamente, mientras ella se secaba las lágrimas.

—Bien, señora McCoy —dijo lentamente—. ¿Sabe quién soy yo?

Ella le miró con ojos húmedos y enrojecidos. Aun así, era una mujer muy atractiva, aunque no se preocupase de realzar sus encantos.

—Sí —dijo inesperadamente—. Es usted el hombre que se hace pasar por Lester.

CAPÍTULO VII

El taxi rodaba por Los Ángeles, sin rumbo fijo. A través del retrovisor, de vez en cuando el taxista les miraba curiosamente. Bellamy clavó su dura mirada en el cristal, y el hombre no volvió a dirigirles más ojeadas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó a ella, tras un silencio prolongado.

—Su voz. La reconocí. Es la que sonó por teléfono. ¿Por qué dijo que era Lester? ¿Qué le ocurre realmente a mi marido?

Bellamy pareció estar en una situación embarazosa. Desvió la mirada de la de ella.

—Verá... —comenzó—. No es agradable hablarle de ello, señora...

—¿Está... *muerto*?

Ahora sí la miró. Era una mujer muy valerosa. Y decidida. Había ido derecha al grano. Notó la ansiedad en su rostro.

—No valdría de nada negarlo —suspiró—. Sí. Está muerto.

—Dios mío —las manos de ella se crisparon sobre su regazo—. Lo temía. Empecé a imaginarlo cuando Canary llamó.

—¿Canary?

—Un amigo suyo. El que le buscaba... contratos.

—Entiendo —Bellamy apretó las mandíbulas—. Uno del Sindicato.

—No sé si lo era o no. Ahora también está muerto.

Le mataron los del Sindicato, para saber dónde estaba mi marido. Fueron ellos también los que... los que acabaron con él, ¿verdad?

—No. Su marido sufrió un accidente de automóvil. Se abrasó con su coche.

—Oh, cielos...

—En ese momento venía de matar al concejal Harris, ¿lo sabía?

—Lo sospechaba —musitó ella con un hilo de voz.

—De modo que lo sabe todo sobre la vida secreta de su esposo, ¿no?

—Nunca lo supe. Ahora, sí —las lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas. Miró tristemente a Bellamy—. Usted... ¿usted es policía?

Richard sonrió, sardónico. Meneó negativamente la cabeza.

—No lo quiera Dios —gruñó—. No, no soy policía.

—Entonces... tiene que ser uno de los amigos de Lester...

—Nunca le conocí. Sólo un cúmulo de azares y circunstancias me llevó a cruzar mi destino con el suyo. No soy lo que imagina, créame. Ni policía, ni pistolero.

—Pero usted mató a esos pistoleros. ¡Ha matado a tres hombres!

—Sé disparar, señora. Y ellos iban a matarles a ustedes. Se trató de anticiparme. Sé defenderme y sé luchar, pero no soy un profesional de estas cosas. Tampoco es que sea un angelito, pero es la primera vez que me mezclo en asuntos tan feos.

—Aún no me ha dicho por qué ocupa su lugar...

—Verá... Por un azar, los únicos documentos que poseo son los de su marido. Eso me dio la idea, para eludir a la policía, que anda tras de mí por un asunto bastante menos grave que el que nos ocupa. Al mismo tiempo, pensé que podía salvar la vida de alguno de los que tenían que ser ejecutados por su esposo.

—¿Y... lo ha conseguido? —musitó ella.

—Desgraciadamente, no. El concejal Harris ya estaba muerto para entonces, y luego asesinaron en la residencia Howard a un tal Craig Nolan, aunque su asesino también murió. Eso me hace suponer que ellos tenían previsto actuar, si su marido fallaba. Tenían la intención de matarle en el caso de que fracasara.

—Le iban a matar de todos modos. Canary me lo dijo. Les estorbaba, una vez cumplida su tarea.

—Recibí cincuenta mil dólares que pertenecen a su esposo, por la muerte de Harris. He gastado algo, pero puedo entregarle ahora mismo todo lo demás, señora...

—Dios mío, nunca —se horrorizó ella—. Dinero ensangrentado, el precio de una vida humana... No, no. No lo quiero. No quiero nada de Lester. Siempre pensé que era un buen hombre, incapaz de matar una mosca. Y resulta que... que era... Oh, Dios mío, aún me parece mentira... Un buen esposo, un padre amantísimo... y

luego...

—Su vida familiar nada tenía que ver con su trabajo. Muchos profesionales serán así, sin que nadie imagine la realidad de sus vidas. Ni siquiera odian a la víctima a quien tienen que eliminar. Actúan fríamente, como quien realiza una tarea rutinaria. Así son los asesinos bajo contrato.

—Ha elegido usted un mal papel para interpretar, señor...

—Bellamy. Richard Bellamy. Ése es mi verdadero nombre, señora McCoy. Sé lo que elegí. Lo peor es que ahora no puedo volver a aquella casa, a intentar salvar a dos nuevas víctimas que ya están señaladas por el Sindicato.

—Puede recurrir a la policía...

—Eso no servirá para salvarles. Hubiera sido mejor que lo hiciera yo. Estoy seguro de que me vigilaban en aquella casa, de que hay gente del Sindicato infiltrada ya en la residencia... Ahora, al haber descubierto la policía mi ausencia, darán orden de dar caza a Lester McCoy.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque la vi a usted e imaginé quién era —señaló el bolso—. Esas iniciales me confirmaron en mi idea.

Quería hablar con usted, impedir que llegase a la casa y lo echara todo a rodar al descubrir que yo no era su marido. Ahora me alegro de haberlo hecho.

—¿A pesar de que ello perjudique sus planes?

—A pesar de eso, sí —sonrió Bellamy—. He salvado su vida, y eso creo que es suficiente motivo para sentirme satisfecho.

—Aún no le he dado las gracias por su heroica acción...

—No lo haga. Soy un pillo, lo reconozco. Pero no me gusta que asesinen a un ser humano. Por eso estoy metido ahora en este lío.

Estaban hablando en voz lo suficientemente baja para que el taxista no se enterase de nada de cuánto decían, ya que sólo un leve cuchicheo llegaba a sus oídos. El tema era demasiado grave para que un extraño se enterase de él.

—De modo que le persigue la policía, y usted se complica más aún la vida —comentó ella, tras un silencio.

—Así soy yo —rió entre dientes Bellamy. Miró seriamente a la joven viuda, y añadió, solícito—: ¿qué puedo hacer por usted?

—Nada. Ya nadie puede hacer nada por mí —fue la amarga

respuesta.

—Sí, entiendo... ¿Cómo está su hijo?

—Bien —se estremeció ella—. Lo dejé con unos parientes. Él nunca debe saber nada, si yo puedo evitarlo. Arruinaría la vida de Dave para siempre.

—Esperemos que así sea. En mi papel de Lester McCoy, hubiera querido dejar un buen recuerdo de él en la vida, para que al menos el pequeño estuviera en el futuro orgulloso de su padre. Y para que nadie pudiera señalarla a usted cuando todo esto haya pasado...

—Es una hermosa idea la suya, señor Bellamy. ¿Cómo supo lo de Dave?

—Su fotografía. La tenía su esposo en el billetero. El niño y usted...

—Oh, sí. Lester... —Cerró los ojos, apretando sus labios—. No debería sentir lo que le ocurrió. Pero era mi esposo. Siempre se portó bien con nosotros en casa.

—Pues eso es lo que debe contar para ustedes. Lo demás, es otra historia.

—Sí. Una historia de sangre, de horror, de muertes, de violencia...

—Vivimos en un mundo violento, señora McCoy —sentenció con tristeza Bellamy—. No podemos extrañarnos demasiado, después de todo, de que haya hombres como Lester McCoy... o como yo. Somos fruto de una época.

—No diga eso. Usted es un gran tipo, señor Bellamy. No sé qué habrá hecho para que la ley le persiga, pero sí sé que es un hombre íntegro y noble. Eso es lo que cuenta.

—Si los federales la oyeran decir eso de mí... —rió entre dientes Bellamy, de buen humor. Miró al exterior—. Bien, estamos en Lennox. Ahí mismo tenemos el aeropuerto internacional. Creo que es el momento, señora McCoy, de que tome una decisión importante, si quiere seguir viviendo.

—¿Qué decisión? —se extrañó ella.

—Tomar un avión, el que sea. Y salir de Los Ángeles y, a ser posible del país, lo antes posible.

—¿Qué dice? —vaciló—. No... no llevo dinero para tomar un avión.

—Yo le adquiriré el billete.

—Pero está Dave... No puedo irme así, compréndalo.

—Puede avisarle luego desde donde esté, para que se reúna con usted. Créame, señora McCoy, Con el Sindicato no se juega. Cuando ellos sepan que murieron tres de sus hombres, la buscarán por todas partes, removerán cielo y tierra para dar con usted y asesinarla. Tiene que irse. Ahora. Le guste o no. Preferible que tome un vuelo a México.

—¿Y... y usted? —musitó ella.

—Yo aún tengo que intentar salvar a Allyson Scott y a Harold Howard. Luego, quizá me reúna también con usted. Y entonces puedo llevar al niño conmigo. Es lo más prudente, créame. Por favor, pare frente al aeropuerto, cerca de la entrada —indicó al taxista, que asintió con la cabeza.

El taxi rodeó Lennox para tomar luego por Century Boulevard, hacia los accesos al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles. Despidió el coche allí mismo, para acompañar a Stella McCoy a la oficina de la compañía aérea.

—¿Lleva consigo el pasaporte? —indagó en voz baja, llevándola por el brazo, como si fuesen una pareja que se conocieran de toda la vida.

—Siempre lo llevo en el bolso —asintió ella—. Pero ya le dije que el dinero...

—No se preocupe. Le sacaré el billete y le daré algo de dinero para que se arregle estos primeros días. Dinero mío, no de Lester —mintió con serenidad—. Puede tomarlo tranquila. Ya me lo devolverá en otro momento.

—No sé cómo agradecerle... Pero Dave me preocupa. Si pudiera verlo, interesarse por él... Confío mucho en usted. Creo que es en la única persona que confío en estos momentos.

—Haré lo que me diga. ¿Dónde lo tiene ahora?

—En casa de sus tíos, ya se lo dije. Viven en South Gate, en Tweedy Boulevard, número 620. ¿Lo recordará?

—Tengo muy buena memoria, sobre todo para ciertas cosas. Nunca lo olvidaré. Pero tampoco voy a apuntarlo en ninguna parte. Por si acaso me dan caza. Ellos no deben saber dónde está el hijo de Lester McCoy. Bien, le pediré un billete para el vuelo más inmediato. Veo que hay uno a México. Ése valdrá. Una vez allí, alójese con nombre supuesto. Y envíeme un mensaje a nombre de

Richard Bellamy, a Lista telegráfica. Eso bastará. Firme con el nombre de Eva. Yo lo entenderé.

—Eva —asintió ella—. Está bien.

Se aproximaron a un despacho de billetes de la compañía que tenía el vuelo inmediato a México, D. F.

Bellamy adquirió uno a nombre de Stella McCoy, ya que ella debía de usar ahora su pasaporte. Luego, le entregó a ella el billete y trescientos dólares en efectivo.

—Ahora en marcha —dijo—. Cuanto antes salga de California, tanto mejor. Yo la llevaré hasta el acceso a vuelos internacionales...

Echaron a andar con decisión. Estaban ya cerca de las puertas de acceso a los vuelos internacionales, cuando los dos hombres se pusieron a ambos lados de ellos, y un tercero se encaró con él, cerrándoles el paso.

—Es mejor que no siga adelante, Bellamy —dijo fríamente el desconocido. Le mostró una credencial—. Oficina Federal de Investigación. Está arrestado. Usted y su compañera...

Richard encajó las mandíbulas con ira. Pero no podía hacer nada. Los dos agentes, a los flancos, evitaban todo intento de evasión. El que le rozaba a él, hincaba algo rígido y duro contra sus costillas.

—Malditos federales —rezonga—. Tienen el don de la inoportunidad...

—¿Cómo esperaba engañarnos? Las huellas digitales del cadáver nos dieron la primera pista. Aquel hombre no era Richard Bellamy, sino alguien que llevaba sus documentos y su chaqueta, eso era todo. De modo que seguimos buscando a la misma persona: Al Zorro. Es decir, a usted.

Bellamy suspiró, mirando con irritación al sonriente, triunfal inspector Nichols, del FBI.

—¿Qué espera? ¿Qué le felicite por su astucia? —masculó con disgusto.

—No, no espero tanto de usted —el federal se paseó por la estancia, meditativo—. Lo que no entiendo bien es qué hace usted con los documentos de ese hombre, Lester McCoy, ni por qué, casualmente, la policía metropolitana de Los Ángeles, tiene extendida por toda la ciudad una orden de caza a nombre precisamente de Lester McCoy, como sospechoso de homicidio. ¿En

qué nuevos líos se ha metido con esa falsa identidad, Bellamy?

—Le he dicho mil veces que sólo hablaré de ello con la policía local. Este asunto no le incumbe al FBI.

—Todo lo suyo nos incumbe, y mucho —rezongó el federal, parándose en seco y mirándole agresivo—. De modo que será mejor que hable primero con nosotros y nos lo cuente todo.

—No —insistió Bellamy—. Será solamente con los de la Metropolitana.

—Está bien —se enfureció el inspector Nichols, descolgando un teléfono—. Va a ser complacido de una maldita vez, pero eso no le hará escapar de mi jurisdicción, esté bien seguro de ello.

Marcó un número y habló con alguien en voz baja, colgando luego. Se volvió hacia el detenido, ceñudo el gesto.

—Ya vienen a hablar con usted. El capitán Hellinger, de Homicidios, se ocupará de interrogarle. ¿Qué diablos es lo que ha hecho para que los de Homicidios tengan interés en usted? Hasta ahora, que yo sepa, no había sido acusado de matar a nadie...

—En poco tiempo he cambiado de costumbres —dijo Bellamy, sarcástico—. Sabrá pronto de tres hombres muertos en el centro de la ciudad. En Manchester Avenue, exactamente. Yo los maté.

—¡Usted! —boqueó Nichols, abriendo mucho sus ojos. Volvió a tomar el teléfono, y marcó otro número, indagando febrilmente—: ¿Policía Metropolitana? Aquí el inspector Nichols, del FBI. ¿Es cierto que ha habido tres muertos en Manchester Avenue? ¿Por arma de fuego? ¿Pistoleros? Sí, entiendo. Sí, tengo aquí al hombre. Al menos, eso dice él... Está bien, ya viene para acá el capitán Hellinger. ¿Qué él se ocupa de *otros* hombres muertos? Sí, sí. Se lo diré.

Colgó, quedándose aturdido, con la mirada fija en Bellamy, que sonreía apaciblemente, como si todo aquello no fuera con él.

—Dios... —farfulló—. Parece ser cierto. ¡Mató usted a tres pistoleros profesionales, posiblemente miembros del Sindicato del Crimen, con un largo historial delictivo! Y ahora, el teniente Temple, de la Metropolitana, me decía que el asunto de Hellinger es otro... con dos hombres muertos. ¿Pero qué clase de maldito embrollo tiene usted entre manos, en que los cadáveres brotan como los hongos?

—Aún no sabe lo mejor —sonrió Bellamy angelicalmente—. El

senador Harris está relacionado con todo ello. Y también dos hombres más, que deben morir en breve...

El gesto del federal era realmente de estupor sin límites. Contemplaba a Bellamy como si éste, de repente, se le hubiera convertido en una rara especie de monstruo desconocido.

—No sé cómo va a salir de todo eso, Bellamy, pero ahora son tres los que tiene usted frente a sí: nosotros, la policía de Los Ángeles... y el Sindicato. No se olvide mencionar si también, de paso, ha declarado la guerra a los rusos...

—Pues no crea, es toda una posibilidad, muy digna de ser estudiada —manifestó Richard Bellamy muy serio.

CAPÍTULO VIII

El interrogatorio había terminado.

El capitán Hellinger tenía ya en sus manos las declaraciones de Stella McCoy y de Richard Bellamy, obtenidas por separado y firmadas por ambos. Las tendió al inspector federal Nichols, y esperó su opinión.

—Parecen coincidir en lo fundamental —señaló Nichols, ceñudo, alzando los ojos de los papeles mecanografiados densamente—. Es una historia increíble, de todos modos.

—Pero en la que todo encaja, por el momento —señaló el capitán de Homicidios, reflexivo. Paseó por la oficina federal, y se detuvo para añadir, sin mirar a Nichols—: Precisamente por sus detalles, es una historia difícil de inventar. Y más aún para que coincida con la declaración de la viuda McCoy. Esa mujer, realmente, amaba a su marido, he podido darme cuenta de ello. El testimonio del conserje de Manchester Avenue coincide también con la declaración de ambos.

—¿Cree que es inocente Bellamy?

—Del crimen de la residencia Howard, sí. Estoy convencido de ello. Lo demás, lo admite él mismo. Pero matar a tres asesinos profesionales para salvar a una mujer, teniendo ellos sus armas con silenciador, no es ningún delito, sino un acto de legítima defensa, con muy escasas posibilidades de éxito. Ese tal Bellamy es un gran tipo.

—¡Dígamelo a mí! Se nos ha escapado más de veinte veces, cuando creíamos tenerle cogido con las manos en la masa. Aun así, ahora que lo tenemos, no creo que podamos conseguir más allá de una condena por un año, ante la falta de pruebas de sus actividades ilegales.

—¿Vale realmente la pena perder una oportunidad de dar jaque mate al Sindicato y salvar dos vidas humanas, a cambio de que

usted tenga la dudosa satisfacción de ver por un máximo de un año a su amigo Bellamy a la sombra?

—¿Qué quiere decir con eso, capitán? —se sorprendió Nichols, mirándole de modo especial.

—Quiero decir que, aunque sepamos que las dos víctimas señaladas por el Sindicato son Allyson Scott y Harold Howard, un invitado y el anfitrión, respectivamente, ignoramos si hay un miembro del Sindicato infiltrado en la residencia, cosa que sospechamos, lo mismo que lo sospecha Bellamy. Y que él en su papel de Lester McCoy, que actualmente interpreta, podría sernos sumamente útil en aquella casa, ya que es posible que, mientras vigilemos de cerca a Scott y a Howard nada suceda, pero al primer descuido nuestro, el ejecutor del Sindicato logre matar a ambos.

—¿Adónde quiere ir a parar con todo eso, exactamente, capitán? —refunfuñó el inspector federal.

—A esto: ¿por qué no me entrega al preso, y yo lo dejo libre, para que vuelva a aquella casa y termine su tarea?

—¿Quiere decir... soltar a Bellamy, olvidar todo lo que hay contra él...? —jadeó Nichols, escandalizado.

—Es una posibilidad, usted lo sabe. Bellamy puede hacerlo mejor que nadie.

—Aunque aceptara esa locura, capitán, ¿cómo explicaría usted la ausencia de Lester McCoy de la fiesta, su búsqueda, y todo lo demás?

—De lo demás, nadie sabría nada. Es absolutamente secreto aún que Bellamy esté arrestado y que él sea el falso McCoy. Allí sólo saben que él desapareció, y que yo di orden de busca y captura. Ahora podría regresar y yo explicaría los hechos a mi modo, dejando al falso McCoy libre de toda sospecha ante los que se hallan en esa casa. ¿Qué piensa del plan?

—Que es una barbaridad. Los del Sindicato pueden entrar en sospechas, y eliminar a Bellamy, al tiempo que eliminan a los dos sentenciados.

—Es un riesgo que hay que correr, y que él no parece temer demasiado. Sin embargo, él podría desenmascarar al hombre que el Sindicato tiene allí, y llevarnos hasta la persona que pagó al Sindicato por deshacerse de esos cuatro hombres importantes de nuestra sociedad.

—Personalmente, sigo pensando que es un disparate. Pero ni siquiera sabemos lo que Bellamy pensaría de ello.

—Me he permitido preguntarle ya al respecto, por si usted accedía, inspector —sonrió afablemente el capitán Hellinger—. Y está dispuesto a todo.

—Están todos confabulados contra nosotros —silabeó Nichols, furioso—. Está bien, inténtelo, si quiere. ¡Pero una vez terminado el caso, el FBI recuperará a su prisionero, y veremos lo que decide el Gobierno sobre sus actividades ilegales!

—De acuerdo —Hellinger amplió su sonrisa—. Eso no es ya asunto mío, inspector. Gracias por su cooperación. Voy a informar a Bellamy... y también a la señora McCoy. Ella no será puesta en libertad, para evitar que corra peligro su vida, ni nadie sabrá que está arrestada. Creo que fingiremos que huyó a México, engañando así a los del Sindicato que intenten seguir su pista.

—Están intentando arreglar un embrollo con muchos otros —advirtió Nichols, malhumorado—. Veremos adónde les conduce todo eso, capitán.

—Sí, veremos... —asintió el policía—. Ahora, todo dependerá de Richard Bellamy...

—Nos alegra verle de nuevo —Harold Howard estrechó calurosamente la mano de Bellamy con una amplia sonrisa—. Yo siempre estuve seguro de que usted no podía tener nada que ver con la muerte del infortunado Nolan. Pero la policía, apenas descubrió su ausencia, insistió en ello obstinadamente.

—¿Y cómo logró disipar las sospechas de los policías? —se interesó Allyson Scott.

—Bueno, mi amistad con Bradford Harris influyó mucho —sonrió evasivo Bellamy—. De todos modos, comprobaron que mi única intención era ayudar a la ley en todo esto.

—¿Ayudarla? —terció Cynthia Howard, con voz sorprendida—. ¿Usted? ¿En qué sentido, señor McCoy?

—Verá, señora. En otros tiempos fui agente del Gobierno —mintió fríamente Richard, volviéndose a la dama anfitriona con su más obsequiosa sonrisa—. Ello me da cierto crédito entre ellos. No pueden dudar de mi palabra.

—Pero realmente, ¿puede ayudarlos? —dudó Tracy Colman, aproximándose al grupo con gesto de escepticismo.

—Creo que sí —asintió Bellamy, enigmático—. Como miembro del Servicio Secreto en otros tiempos, soy muy observador. He advertido algunas cosas que me permitieron abrigar sospechas, y salí de la casa para confirmarlas. Tuve que usar medios poco ortodoxos, pero necesitaba confirmar algunas cosas, compéndalo. Sabía que la policía no iba a dejarme salir tan fácilmente.

—Fascinante —comentó la señora Howard, mirándole con ojos muy fijos—. Un exagente secreto, un hombre que trata de ayudar a la policía... Bradford Harris tenía una verdadera joya de amigo, McCoy.

—Esperemos que ello sirva de algo para descubrir al que mató a Craig Nolan.

—¿No cree usted que fuera ese hombre? Me refiero al que cayó al jardín —señaló Allyson Scott—. Ha sido identificado por la policía como Luke Slade, un pistolero profesional. Quizá Nolan tenía asuntos difíciles, alguna relación con el Sindicato y...

—Mi marido nunca tuvo relaciones con asesinos profesionales, Scott —declaró secamente la señora Nolan, mirando con frialdad al otro invitado—. Los que planearon matarle, sin duda le confundieron con alguien.

—Yo no estaría tan seguro de que hubo error —replicó Howard—. Lo que pudo suceder es que quizá Nolan, como antes nuestro común amigo Harris, podía ser peligroso para alguien por razones que ignoramos, y pensaron en deshacerse de él.

—¿Peligroso un director de una cadena de supermercados? —dudó su esposa.

—Existe la coacción organizada, los impuestos y todo eso que los granujas se han inventado para sacar dinero a los comerciantes por medio del terror —dijo Harold Howard serenamente—. ¿Por qué no podía tener Nolan uno de esos problemas en su cadena, y por ello se enfrentó valientemente al Sindicato, provocando sus iras?

—Porque yo hubiera sabido algo de eso —replicó Ivy Nolan con aspereza—. Y Craig jamás mencionó cosa alguna, ni pareció nunca particularmente preocupado por nada de eso. Si he de serles sincera, su muerte me parece un absurdo. No tenía sentido matar al pobre Craig. Él hubiera sido incapaz de enfrentarse a nadie, aun siendo extorsionados sus negocios por el Sindicato del Crimen. No

era de esa clase de hombres, os lo aseguro.

—Sí, es como si alguien pensara en matarme a mí —rió Allyson Scott burlonamente—. ¿Se imaginan algo más absurdo y sin sentido? Jamás tuve enemigos ni los tengo. No me meto con nadie, y si me pidieran que pagara por alguna extorsión, bajó amenazas de muerte, pagaría sin rechistar. En suma: yo valdría mucho más para esa clase de gente estando vivo que muerto.

Bellamy le miró en silencio, largamente, y no hizo comentario alguno. En vez de ello, paseó por los salones, súbitamente fríos y desangelados, desde que la muerte estropeó el fin de semana brillantemente social, mientras los demás seguían su charla intrascendente. Tan sólo Ivy Nolan, la viuda, vestida enteramente de negro, parecía abstraída en sus propios pensamientos sombríos. Estaba allí tan sólo para celebrar un funeral por Nolan al otro día, junto con el ya proyectado a la memoria de Bradford Harris.

El plan de la policía parecía seguir buen curso. La gente de allí no había sospechado de él, al llegar acompañado del propio capitán Hellinger de la policía. Pero algo tenía que desencadenarse con todo ello. El hombre que el Sindicato tenía infiltrado allí, sí recelaría de él. Tal vez el Sindicato ya le habría ordenado a estas alturas que eliminase a un Lester McCoy que parecía demasiado buen amigo de la policía, y cuyo regreso a la casa distaba mucho de tener explicación clara.

Se sentía vigilado, sin saber desde dónde. Era como un presentimiento, una clara intuición. Giró la cabeza, pensativo, mirando en torno.

Los huéspedes y anfitriones no le prestaban atención ahora. Hawkins, el mayordomo, paseaba por los salones, dejando en las mesas bandejas de licores y canapés. La doncella de las curvas llamativas, pasaba de vez en cuando, ordenando las cosas, y sólo le miró en una ocasión, guiñándole el ojo maliciosamente.

De pronto, los ojos de Bellamy se fijaron en el ventanal situado a su lado. El hombre del jardín se inclinó rápidamente, continuando la tarea de podar los setos. Bellamy le contempló, pensativo.

Aquel hombre no le gustaba. Era el jardinero, sin duda. Pero él había hecho trabajos de jardinería a veces, en otros tiempos. No era lo bastante experto para lo que estaba haciendo. Y hubiese jurado que, cuando dirigió hacia él su mirada, el jardinero le estaba

mirando a él. Ahora no alzó la cabeza ni una sola vez.

Bellamy se aproximó a Harold Howard. Como al azar, le hizo un comentario en voz baja:

—Bello jardín tienen ustedes, Howard. ¿Siempre lo cuidan tan bien?

—Sí, siempre. De otro modo, se convertiría en un bosque abandonado y feo.

—El jardinero que se cuida de ello es realmente un artista. Lo tiene todo perfecto.

—Bueno, no sé si el de ahora será tan bueno como el que tenía antes. Pero confío en que así sea, por bien de nuestro jardín. En todo caso, podría sustituirle por otro, si no me satisface.

—¿Ah, es nuevo el jardinero actual? —indagó ingenuamente Bellamy.

—Sí, sólo está aquí desde el mismo día de ayer. Nuestro jardinero sufrió un accidente desgraciado. Un coche le arrolló, y está agonizando en el hospital. Ese hombre iba buscando trabajo, se presentó a tiempo... y lo admití de modo interino. Pero no creo que pueda competir con el pobre Hewitt...

—¿Hablabais de Hewitt, el jardinero? —terció la señora Howard acercándose—. Pobre hombre... Fue una gran desgracia. Llevaba aquí más de cinco años...

Bellamy no preguntó más, apartándose de ellos. Volvió al ventanal. El jardinero nuevo ya no estaba entre los setos. Ni se veía rastro de él. Además, aquellos setos no necesitaban ser podados aún.

Le estaba vigilando a él. A Lester McCoy, en realidad.

El coche que arrolló al jardinero, la «casual» presencia de otro jardinero en la vecindad, buscando trabajo. Todo aquello olía al Sindicato.

Tomó una brusca decisión. Era preciso evitar que las cosas fuesen más lejos. Miró a los invitados. Todos charlaban en grupo, reunidos en la sala. Solamente la señora Howard, tras hablar unos momentos afectuosamente con la viuda Nolan, se encaminó a las dependencias de servicio de la casa.

Bellamy observó que la doncella y el mayordomo se movían por los salones. De modo que la dueña de la casa debía de estar sola en esos momentos, salvo la presencia de la cocinera de los Howard.

Partió tras ella, disimuladamente, sin ser advertido.

La encontró en la puerta de una de las despensas, donde iba a entrar en busca de algo. Ella giró la cabeza al oír sus pisadas. Sorprendida, miró a Bellamy.

—Señor McCoy... —murmuró, perpleja—. ¿Qué hace usted por aquí? Ésta es el ala de servicio...

—Lo sé, señora Howard —asintió Bellamy—. Quería hablar con usted.

—¿Hablar conmigo? —Pestañeó ella—. ¿De qué?

—De su esposo. Y de uno de sus invitados.

—Temo no entenderle bien...

—Señora Howard, es un asunto serio. Muy serio. Van varias vidas en él. La primera fue la de Bradford Harris.

—Bradford. Era nuestro mejor amigo. Intimo de Harold. Una pérdida terrible, pero ¿qué tiene ahora que ver todo eso con sus motivos? Sé que usted también conocía a Harris, pero...

—No, señora Howard. Yo nunca conocí al concejal Harris —negó él, rotundo.

—¿Cómo? —boqueó ella—. ¿Qué dice? Usted está aquí... por ser su amigo, precisamente.

—Mintieron y mentí. Nunca fui amigo de Bradford Harris. Ustedes deberían haberlo sabido, señora Howard, siendo tan amigos suyos.

—Bradford nunca hablaba de otras personas a sus amistades. Y la carta era legítima. Por eso ninguno dudamos... Es más, yo le dije a mi marido que creía recordarle a usted de alguna recepción de Bradford. No pude haberme equivocado. Era usted.

—No, señora Howard. No era yo. Pero sus palabras, junto con esa falsa carta donde se imitó la letra de Harris, sirvieron para alejar cualquier sospecha de su marido. Inadvertidamente, usted contribuyó a introducir un asesino en su casa.

—¿Un... asesino...? —repitió ella con gesto de estupefacción.

—Sí. Yo, Lester McCoy. Estaba proyectado que matase a Craig Nolan primero. Y después a Allyson Scott y a... a su propio esposo, Harold Howard. Por eso estoy hablando ahora con usted, señora Howard.

—Eso... ¡eso es absurdo, no tiene el menor sentido! —protestó ella vivamente, dando un paso atrás—. Como broma, señor McCoy,

es un poco pesada, y sin gracia alguna...

—No es una broma. Scott y su marido están sentenciados a muerte por alguien. Vea la prueba —y tendió a Cynthia Howard el escrito donde se le señalaban las dos víctimas últimas—. ¿Lo entiende ahora?

—Dios mío, no puede ser —miró a Bellamy con gesto incrédulo—. ¿Por qué habría de querer matar nadie a Allyson, a mi esposo...?

—¿Por qué quiso nadie matar a Craig Nolan, señora? Por la misma razón que a los demás, sin duda. Este trabajo vale, en total, doscientos mil dólares. Dinero que alguien paga al Sindicato para que le cumplan limpiamente la tarea.

—Pero si usted es un hombre enviado para matarles... ¿por qué me cuenta todo esto?

—Porque yo no voy a matar a nadie, señora. Lo que quiero es que se eviten esas muertes a cualquier precio. Y usted tiene que ayudarme.

—¿Yo? ¿Por qué yo, precisamente?

—Porque a usted sí le hará caso su marido. Y juntos, pueden ayudar a Allyson Scott a su vez. Recuerde que alguien intentó avisar a Nolan y se fracasó. Lo tomó a broma. Luego, le mataron.

—¿Fue usted... quién avisó?

—Sí, fui yo. Pero fue otro el que le mató, porque el Sindicato sospecha ya que no haré lo que esperan de mí, y quieren cumplir el encargo a toda costa. Un contrato es un contrato, aunque sea para matar. El Sindicato nunca deja sin cumplir sus contratos.

—Usted, un pistolero por contrato. No puedo creerlo.

—Pues créalo. Y avise a su esposo, se lo ruego. Yo le acompañaré, y hablaremos ambos con él. Debe de saber cuánto antes lo que sucede. Es preciso proteger su vida...

—Sí, es cierto —asintió ella—. Un momento, señor McCoy. Voy a recoger unas cosas de la despensa... e iremos a avisar a mi esposo. No diremos nada a nadie, excepto a él y a Allyson... Dios mío, no puedo entender bien todo esto...

La señora Howard introdujo sus manos entre los objetos que guardaba en un armario, buscando algo. Bellamy esperó a la puerta de la despensa. Ella suspiró con alivio cuando halló algo, y se volvió hacia él, decidida.

—Ya está —dijo—. Bien, señor McCoy... ahora me toca hablar a mí.

Y en su mano, encañonando a Richard Bellamy, había una pistola automática, provista de silenciador, sobre cuyo gatillo apoyaba ella firmemente su dedo índice.

CAPÍTULO IX

—Bien, señor McCoy —prosiguió ella glacialmente—. Ahora hablemos del asunto. ¿De veras cree que voy a avisar a mi marido de lo que se prepara?

—Señora Howard... —Bellamy la miró largamente—. De modo que era usted... Usted hizo el contrato con el Sindicato. Era el cliente que paga tan generosamente...

—Sí, yo misma. Yo fui —dijo triunfalmente ella.

—¿Y por qué quiere matar a cuatro personas? ¿Qué le hicieron ellas? Harris, Nolan, Allyson Scott... y su propio esposo. ¿Por qué?

—Se lo diré. Total, va a llevarse el secreto a la tumba, McCoy, maldito traidor. Ahora tendré que ocuparme yo del asunto, no usted ni el Sindicato. Ambos han demostrado ser mucho menos útiles de lo que imaginaba... McCoy, yo en realidad sólo quería matar a DOS personas. Las otras, son un relleno, una simple coartada para ocultar la verdad.

—Una espantosa coartada. Dos muertes inútiles para encubrir dos crímenes en especial...

—Así es. Todo lo calculé bien. Harris había descubierto que yo le era infiel a Howard. Le iba a informar de ello, de amigo a amigo, porque Howard tiene una inmensa fortuna, y yo estaba usando fondos suyos para pagar a mi joven amante... Tuve que disponer la muerte de Harris haciéndolo parecer como un crimen político...

—Entiendo. La otra muerte necesaria... es la de su esposo.

—Exacto. Él debe morir. Así seré la viuda más rica de Los Ángeles. Libre, dueña de mi destino... y de todo el dinero del imbécil de Howard. Será una hermosa —da, un gran futuro que ni usted ni nadie pueden estropear. La policía buscará a alguien que tuviera motivos para matar a cuatro personas, sin detenerse a pensar sólo en Harris y en Harold. Es un magnífico plan, ¿no es cierto? Y se llevará a cabo, con usted o sin usted...

—Lo siento, señora Howard —sonrió duramente Bellamy—. Pero yo he sospechado ya de usted. Me confirmó de ello el comentario de Allyson Scott. Si él y Nolan no tenían motivo alguno para tener enemigos tan implacables... ¿por qué habían de morir, si no era para justificar otras muertes y desviar sospechas? Así se me ocurrió que era USTED la culpable... y por eso la seguí hasta aquí, para desenmascararla.

—Pues no le ha salido demasiado bien el juego —dijo ella, riendo cruelmente—. Voy a matarle y ocultar su cuerpo aquí. Nadie me relacionará con el crimen. Nadie sabe que yo sé manejar un arma. Ni siquiera el Sindicato debe de saber quién soy yo ni por qué hago esto, o me chantajearían todo el resto de mi vida. Sé hacer las cosas, va a verlo, McCoy.

—No me llamo McCoy, ni voy a ver nada —replicó él con aspereza—. Mi nombre es Richard Bellamy, y he vuelto de acuerdo con la policía. Llevo conmigo un micrófono altamente sensible, que está emitiendo en estos momentos esta conversación completa, señora Howard, a unos vehículos situados junto a su finca, con agentes metropolitanos y del FBI. Su caso está cerrado. Lo siento mucho...

—¡Está mintiendo! —llamearon los ojos de ella.

—No, no miento —negó él, despacio—. No miento en absoluto, se lo aseguro. Escuche por sí misma y lo comprobará. Los coches de la policía ya han entrado. Rodean el edificio. No tiene más que asomarse al corredor... y mirar por esa ventana entornada...

Ella lo hizo. Se tornó mortalmente pálida. Un coche patrulla, sin hacer sonar la sirena, se detenía ya ante la puerta de servicio de la mansión. Dos patrulleros armados se movían hacia ella.

—Maldito... —jadeó furiosa—. ¿Por qué hizo todo esto? ¿Por qué?

—Primero, por humanidad. Me gusta salvar vidas humanas, si ello es posible. Segundo, porque detesto a los pistoleros profesionales. Y tercero, porque a cambio de esto... voy a recibir un buen trato por parte de mis amigos los federales, señora Howard...

Y sonrió, quitando el arma de los yertos dedos de la dama. Luego fue a la puerta, por la que ya entraban los agentes armados.

—Ahí la tienen —dijo—. Luego ocúpense del jardinero. Es un miembro del Sindicato. Si habla, tendremos una buena información,

seguro...

Y habló.

Ricky Martin lo soltó todo. Así fue detenido también Rocco Gazzara, y desarticulado un poderoso tentáculo del Sindicato del Crimen de California.

Por su parte, el inspector Nichols fue benévolo con Bellamy, retirando todos los cargos y cerrando el caso. Richard recibió una recompensa que le permitiría vivir con bastante holgura, aun habiendo devuelto el dinero sangriento de Lester McCoy.

Era el fin de una historia.

El otro final afectaba a los sentimientos personales de Richard Bellamy. Y a los de Stella McCoy. Ambos empezaron a ser buenos amigos. También el pequeño Dave.

Era sólo el principio de otro posible final feliz, para unas personas que se conocieron en azarosas y dramáticas circunstancias. Y que tenían muchas cosas por olvidar, para iniciar una nueva vida, diferente y mejor.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

